

De nuevo sobre el Cid

POR

EL Dr. LUIS RUBIO

Profesor de la Universidad de Murcia

Nadie regateará los grandes méritos contraídos por el maestro Menéndez Pidal, en la doble vertiente de la investigación histórica y lingüística, pero es posible también que nada envejezca tanto, como los trabajos de crítica histórico literaria. Puede asimismo que a tenor del momento político cultural en que nos ha tocado vivir, nos sintamos obligados a revisar la interpretación de unos hechos pasados, para ponerlos de acuerdo con nuestra nueva mentalidad «hic et nunc».

El soplo de Europa, la corriente europea que recorre y vitaliza todos los organismos e instituciones del viejo continente, nos obliga también a considerar con otro espíritu crítico, la posición y leyenda forjada en torno a nuestro así llamado héroe nacional. La revisión de la figura del Cid entraba desde hacía tiempo en nuestros planes, y constituye el tercero de los trabajos que venimos realizando sobre nuestra Edad Media (1).

La nueva versión que ha de resultar de Rodrigo Díaz de Vivar es muy distinta de la generalmente aceptada, y desde luego diferente de la presentada por Menéndez Pidal en su monumental obra *La España del Cid* (2). Y no sólo en el aspecto histórico, sino también en lo literario pretendemos que emerja la figura de un nuevo Campeador.

Críticos tan eminentes como Menéndez Pelayo tuvieron una visión del

(1) Cf. mis estudios: *La Creencia en Santiago de Galicia*.—Rev. de Literatura. Madrid, 1954
¿Tolerancia o intolerancia?—Anales de la Universidad de Murcia. Vol. XVIII, núm. 3-4, 1959-60.

(2) Cf. MENÉNDEZ PIDAL.—*La España del Cid*. 4.^a edic. tom. I-II, Madrid, 1947.

Poema del Cid, que difiere de la de Menéndez Pidal y romanistas insignes como Curtius y Spitzer, no han vacilado en oponerse abiertamente a sus teorías. Con su «leit motiv» del tradicionalismo, que luego discutiremos, y al entender la creación épica como obra anónima y colectiva gestada a través de los tiempos, Menéndez Pidal se hace eco con ello de una escuela romántica ampliamente ya superada, al tiempo que metodológicamente no se evade de los prejuicios positivistas de principios de siglo.

Finalmente en lo que respecta a la historia, hemos de objetar también a Menéndez Pidal, que al erigir al Cid en una figura gigante que llena todo el siglo XI, en contraposición, por así decirlo, a Alfonso VI, a quien deja en la sombra, entendemos que por este motivo se ha producido una de las mayores tergiversaciones de la historia medieval española. Precisamente es Alfonso VI uno de los reyes más grandes, por no decir el más grande de la reconquista española, el que realmente ocupa y llena con su figura imponente todo el siglo XI y da un giro copernicano y decisivo al destino político y cultural de España, mientras el Cid, mal que nos pese decirlo, no constituye más que un mero episodio, un personaje marginal, en la historia del s. XI y de España.

Al redactar este trabajo no nos ha movido un sentimiento de Cidofobia o Cidofilia, sino el deseo llano y escueto, quede bien claro, de alumbrar la verdad.

EL CID Y LA HISTORIOGRAFIA CATALANO-ARAGONESA

Si analizamos con objetividad los hechos del Cid, observamos que al servicio del rey moro de Zaragoza, apuntaló estratégicamente toda la frontera superior, asegurando de este modo unas ciudades clave que de no ser así hubieran caído en poder de los cristianos, e impidió por tanto que la reconquista, sobre todo la catalano-aragonesa, siguiera su curso normal, a tenor y al mismo ritmo que la reconquista central castellana.

El Cid retrasó con su esfuerzo la caída de las tres grandes capitales del N.E. hispánico: Zaragoza, Huesca y Lérida. Zaragoza, la capital aragonesa influida y codiciada por el gran monarca castellano Alfonso VI, continuador en este sentido de la política de su predecesor Sancho II, y pretendida luego también por el aragonés Sancho Ramírez, pero que ni uno ni otro pudieron ganarla, por estorbarlo el Campeador y sus huestes. Lo mismo diremos de Huesca y de la rica comarca de la Litera, donde el Cid en varias contiendas venció tanto a Ramiro I, como a Sancho Ramírez. Por último impidió también la caída de Lérida, ambicionada por los soberanos aragoneses y de un modo especial por los condes catalanes, pero sus pretensiones murieron a manos del Cid, por las derrotas que infligió al conde barcelonés Ramón Berenguer (3).

(3) La política castellana de penetración en la cuenca del Ebro, y ulterior dominio de Zaragoza, fue iniciada ya por Fernando I, y recibió un gran impulso bajo Sancho II. En este sentido uno de los principales y eficaces colaboradores del monarca castellano sería Rodrigo Díaz de Vivar. Por ironía del destino años después colocaría el Cid sus intereses particulares por encima de los generales de Castilla y de la Reconquista, y se opondría a Alfonso VI y a la misma política, que bajo su antecesor había ayudado denodadamente a construir.

Ciertamente que las relaciones del reino de Zaragoza con los soberanos cristianos, fueron harto complicadas, por la misma extensión de la taifa zaragozana, que limitaba por así decirlo con todos los soberanos cristianos: Castilla, Pamplona, Aragón, Ribagorza, Pallars, Urgel y Barcelona y naturalmente era apetecida por todos los príncipes de estos reinos.

Cf. JOSÉ M.^a LACARRA.—*Dos Tratados de paz y alianza entre Sancho el de Peñalén y Moctadir de Zaragoza (1069 y 1073)*.

Separata Homenaje a Johannes Vincke, págs. 121-134.

Para el estudio de las apetencias aragonesas y catalanas sobre Lérida vid. mi trabajo: *Problemas y cuestiones de la sede de Roda hasta su traslado a Lérida*.—Rev. Herda, núms. XXIV y XXV (1961-1962).

Resulta pues que el Cid no sólo estuvo al margen de la reconquista central hispana, sino que fue el formidable retardatario y adversario de la reconquista catalano-aragonesa. Con ello se enfrentaba también con el gran sentimiento cristiano de la reconquista, que animaba a todos los hispanos de su época.

Por este motivo, no es de extrañar, que los historiadores catalano-aragoneses conscientes de tal hecho, hayan juzgado unánimemente con dureza la figura y gestas de Rodrigo Díaz de Vivar.

Zurita, que parece haber conocido el poema, apunta, respecto a los sucesos del Cid, la contradicción de varios autores, para abocar a una posición escéptica: «Assí que dificultosamente se pueden concordar estos autores en hechos de que no se tiene otra memoria, sino la que ellos nos han dexado, y conocerse notoriamente que el vulgo fue siempre añadiendo a sus hechos muy señaladas cosas que fuessen admiración en sus cantares» (4).

Si el P. Masdeu llevó al extremo su espíritu hipercrítico y escéptico; no menos extremosa, podríamos decir, es la réplica de Menéndez Pidal, cuando con cierta reticencia habla de la «graciosa inadaptación de Masdeu a las cosas medievales», o cuando sigue más adelante con su «deít motiv» la rabiosa cidofobia del jesuita catalán» (5). Pero cuando Masdeu parafrasea la cita de la *Historia de Rodrigo*, donde se dice sobre la invasión almorávide: «y hubieran ocupado el resto de España hasta Zaragoza y Lérida, si tan a tiempo no hubiera llegado Rodrigo Díaz...», no tenemos inconveniente en suscribir el juicio de Masdeu a este respecto: «El singular bienhechor de España contra el torrente de los almorávides fue don Alonso VI, rey de mucho poder, y no menor esfuerzo; no el pobre capataz de los tres o quatro mil hombres, que mas no podía tener, según la seguida del mismo romance» (6).

En la misma línea de escepticismo hay que colocar al notable historiador aragonés Ximénez de Embún: «El Cid es uno de los tipos más característicos de la edad media y quizá el más popular de todos; su historia, sin embargo, oscurecida por tradiciones poéticas y crónicas fabulosas, ha llegado a nuestros tiempos como un compuesto de crasísimos errores y romancescas heroicidades: M. R. Dozy, con prolijo esmero y minuciosas indagaciones, ha tratado en nuestros días de compaginar las noticias más verosímiles y recibidas acerca de nuestro héroe; confesamos ingenuamente que desconfiamos sobremanera de todas aquellas minuciosas histo-

(4) ZURITA.—*Anales de la Corona de Aragón*.—I, pág. 26.

(5) *ECid*, I, 18.

(6) Cf. MASDEU.—*Historia crítica de España*, tom. XX, pág. 270 y 333.

rias de hechos y personajes oscurecidos, cuyas particularidades nada parece dejar desear» (7)

El historiador catalán de fines del siglo pasado Antonio de Bofarull, hablando del Cid, hace referencia a investigadores anteriores, que comentaron dicha figura, desde Risco y Masdeu, hasta Romey, Hinart y Dozy, y sin más comentarios acepta el juicio de este último: «Antes de morir el Moctadir dividió sus estados entre sus hijos, el mayor Yusuf-al-Mutamin quedó rey de Zaragoza y el otro Mondhir por otro nombre Al-Hadjib, tuvo el señorío de Denia, Tortosa y Lérida. Declaróse guerra entre ambos hermanos, aliaronse con el segundo Sancho Ramírez, rey de Aragón y Navarra, y Berenguer, conde de Barcelona, mas Al-Mutamin, el rey o emir de Zaragoza, tenía en su favor el Cid. Sea pues cuando fuere que empezase este plan de guerra contra el zaragozano, y puesto que estaba en su ayuda el condotiero castellano Rui Diaz de Vibar, nada tendrá de particular que en diferentes ocasiones luchasen con los soldados de éste nuestros compatriotas» (8).

Más modernamente Rovira y Virgili intenta buscar un camino intermedio entre las actitudes extremas de Dozy y Menéndez Pidal. Para ello no vacila en acogerse en el juicio equilibrado de Menéndez y Pelayo: «Els ultims estudis sobre el Cid, no sols proven en absolut la historicitat de la seva vida i de molts episodis que hom creia fills de la llegenda poètica, ans encara donen una visió mes alta de la figura d'aquest home excepcional. Tanmateix, alguns autors espanyols, com Menéndez Pidal, han dut massa enllà la reivindicació de Roderic Diaz. I si Dozy falsejà en part el personatge en sentit pejoratiu, els seus exalçadors mes moderns l'ennobleixen i idealitzen força mes del que permeten els fets positius que en coneixem. Molts dels arguments de Menéndez Pidal son ben frevols, i la lectura de la seva defensa demostra que, tot essent just rebaixar les ombres de Dozy i altres autors havien posat sobre el Cid, resten encara prou fets veridics o versemblants per impedir que s'el converteixi en un hombre gairebé sant, com fa l'al·ludit autor. Per la nostra part, seguim creient que son plenes de veritat i perfectament aplicables al cas del Cid, aquelles reflexions que li dedicà Menéndez Pelayo. Un heroí epic, deia, no ha d'esser un model de virtuts; necessita haver usat i abusat de la força; li escau un cert grau de brutalitat, certs trets de caracter discol i altivol, i no el deshonren les estratagemes i tractes dobles, perque l'astucia matineja en el món tant com el coratge, i Ulisses es tan antic com Aquil» (9).

(7) T. XIMÉNEZ DE EMBÚN.—*Ensayo histórico acerca de los orígenes de Aragón y Navarra*, pág. 241, apénd. B, El Cid.

(8) ANTONIO DE BOFARULL.—*Historia crítica de Cataluña*. Barcelona, 1876. tom. II, pág. 376.

(9) A. ROVIRA I VIRGILI.—*Historia Nacional de Catalunya*.—Vol. III. Barcelona 1924 pág. 557.

Por último y en fechas recientes un historiador y crítico aragonés, Camón Aznar, ha planteado de nuevo la problemática del Cid. Para dicho crítico, el Cid fue un retardatario y un inadaptado frente a la empresa nacional de la Reconquista. El héroe castellano no sólo no contribuyó en esta gran obra del pueblo hispano, sino que la obstaculizó, así puede escribir Camón Aznar textualmente: «El Cid históricamente es un retrasado» (10).

EL CID EN MENENDEZ PIDAL

Menéndez Pidal se apoya para su monumental *España del Cid*, principalmente en la *Historia Roderici*, en la historia de Ben Alcama y en el *Poema de Mio Cid*, al que concede el valor de documento histórico. Gran parte de todo ello se halla consignado asimismo en la *Primera Crónica General*. A medida que se avanza en la lectura de la historia pidaliana del personaje, se tiene la impresión que Menéndez Pidal más que una biografía, lo que ha escrito es una apologética del Cid. Especialmente se alza con insistencia contra las objeciones de Masdeu y de Dozy, a los que sitúa en la misma línea, y se desvela sobre todo por echar por tierra los argumentos de Dozy, aunque con juicios, a mi entender, no demasiado sólidos.

Menéndez Pidal tras este ímprobo trabajo intenta, por así decirlo, una autojustificación: «Pero todavía hemos de proseguir, aunque con verdadera repugnancia, pues parece que me empeño en probar una cosa tan risible, cual es que un crítico moderno se empeñe en desacreditar la memoria de un personaje histórico muerto hace ocho siglos» (11). Y en páginas siguientes proseguirá: «En suma, Dozy, en sus memorables *Recherches*, acopió como nadie hasta entonces, las fuentes árabes y cristianas, pero no las aprovechó regularmente hasta el nivel de un relato frívolo donde se prefieren las chillonas estridencias a la clara contemplación de la vida antigua. El saber erudito de Dozy es amigo encubierto de la cidofobia; armado de punta en blanco, con su rica erudición, pelea para sostener bellaquerías, como aquel mal caballero Arquelaus empeñado siempre en mantener ruines causas...» (12).

Al fijar en Dozy el representante principal de la cidofobia, olvida Menéndez Pidal, la objetividad con que el mismo Dozy desea componer su

(11) *ECid.*—I, pág. 40.

(12) *ECid.*—I, pág. 44.

historia: «Prise dans son ensemble, l'histoire latine, que nous prouvons souvent contrôler à l'aide d'autres documents, me semble digne de confiance; cependant je ne considère pas comme parfaitement exacts tous les récits qui s'y trouvent; et à mon sens, elle ne mérite, ni la confiance illimitée que lui a accordée la droite, représentée par Risco et M. Huber, ni le mépris que lui a montré la gauche, représentée par Masdeu et ses disciples. La vérité se trouve, je crois, entre ces deux extrêmes dans le cas présent, il ne faut être ni de la droite ni de la gauche, mais du centre, ou plutôt du centre droit.

Le Cid des *Gesta* n'est plus tout à fait le Cid de l'histoire, et il n'est pas encore le Cid de la poésie» (13).

Viniendo a los argumentos que se empeña en deshacer Menéndez Pidal, hallamos: «Se censuró principalmente al Cid que hubiera vivido gran parte de su vida entre moros, sirviéndoles en sus guerras. Tal censura es una verdadera tontería. Todo caballero desterrado se iba a tierra de moros; se puede decir que casi no tenía otro medio de vida» (14). Y abundando en este criterio y rechazando el samberito de condottiero con que se había marcado al Cid, arguye: «Los condottieri se caracterizaban externamente en aquellas batallas sin sangre que se producían cuando peleaban unos con otros, porque eran lobos de la misma camada que no se hacían daño entre sí. Ahora bien: si el Cid, por ayudar al rey moro de Zaragoza, fuera un conde tiero, otro tal sería el conde de Barcelona ayudando al rey de Lérida» (15).

Sobre esto sostenemos que muy otro era el pensamiento de los soberanos cristianos y sus ideales de reconquista.

El Cid se puso al servicio del rey moro de Zaragoza y luchó exclusivamente contra los soberanos cristianos, sin otras miras ulteriores. Los príncipes cristianos se aliaban con los reyezuelos moros para dividirlos todavía más, y peleando ora contra unos, ora contra otros, no perdían su objetivo principal, que era el de debilitar a los caudillos musulmanes y ganar sus tierras para la cristiandad. Esto sucedía tanto con los soberanos aragoneses y catalanes, como con los soberanos castellanos (16). En las memorias de Abdallah, el último rey zirí de Granada, se esbozan, conforme a las ideas que hemos expuesto, las directrices del pensamiento de Alfonso VI. Siguiendo la traducción de Leví - Provenzal, veamos lo que dice a este respecto el último rey zirí: «Cela me fut répété par Sisnando de

(13) Dozy.—*Recherches sur l'histoire de la Littérature de l'Espagne pendant le moyen age* 1881, 3.^a edi. tom. II Le Cid, pág. 72-3.

(14) *ECid.*—I, pág. 31.

(15) *ECid.*—I, pág. 37.

(16) Cf. mi estudio: *¿Tolerancia o Intolerancia?*—Op. cit.

vive voix au cours de cette campagne: «C'est aux Chrétiens qu'au début appartint al-Andalus, jusqu'au moment où ils furent vaincus par les Arabes qui les refoulèrent en Galice, la région du pays la moins favorisée par la nature. Mais maintenant que c'est possible, ils désirent recouvrer ce qui leur a été ravi par la force; pour que le résultat soit définitif, il faut vous affaiblir et vous user avec le temps; quand vous n'aurez plus ni argent ni soldats, nous nous emparerons du pays sans la moindre peine!» (17).

Menéndez Pidal se revuelve ásperamente contra el juicio de Masdeu, recogido por Dozy, de que el Cid al devastar la Rioja obraba «contra su patria, contra su rey y contra los fieles de Jesu-Cristo, como si fuera un renegado», todo ello en opinión de Menéndez Pidal, «es ignorar en materia grave la legislación medieval» (18). Aguda observación hecha ya por Huber (19), por cierto bien conocido de Dozy. Pero si ello estaba conforme con el derecho de los ricos hombres, según el fuero viejo de Castilla, ¿quién no podrá achacar al Cid, que la incursión la hiciera precisamente, cuando los soberanos cristianos aliados, estaban sitiando Valencia y se encontraban sus tierras desguarnecidas? Pues si el Cid, quería vengar ofensas anteriores, otras ocasiones tenía y tuvo, y no precisamente aquella en que los príncipes cristianos coaligados estaban empeñados en ganar a Valencia, y que fue uno de los motivos importantes que les obligaron a levantar el sitio. Puede que el Cid justificara su conciencia, pero no existe

(17) E. LEVI-PROVENZAL.—*Les «Memoires» du roi ziride ' Abd Allâh*.—Al-Andalus, tom. IV, pág. 29-145, pág. 35.

Introduciendo estas Memorias, se expresa en el mismo sentido que hemos ya expuesto, el editor de las mismas y gran arabista Levi-Provenzal: «Alphonse VI enfin, le nouveau maître de Tolède, se découvre dans les «Memoires» de ' Abd Allâh sous un jour qui, sans lui être spécialement favorable, eclaire cependant, souvent d'une façon saisante, les véritables idées maîtresses de sa politique à l'égard des princes musulmans de la Péninsule. Avec une ténacité remarquable, il mène un jeu compliqué d'intrigues, dresse les uns contre les autres les rois des taifas, et s'enrichit en se faisant payer très cher l'assistance effective ou morale qu'il accorde, une année apres l'autre, a celui qui peut lui consentir le plus fort tribut. Il ne veut porter la guerre en territoire musulman qu'autant qu'il est assuré du succès...».

E. LEVI-PROVENZAL.—*Les Memoires*, op. cit. Al-Andalus, tom. III pág. 233-344, pág. 261-262.

(18) *ECid*.—I, pág. 33.

(19) *Chronica del famoso Cavallero Cid Ruy Diez Campeador*.—Nueva edición con introducción histórico literaria por D. V. A. Huber-Marburg, 1844. «...Y qué diremos de la gran dificultad de provocar el Cid el enojo de su rei, de resistirle y hasta hacer entradas devastadoras en sus tierras, sin por eso dejar de ser el espejo, la flor y nata de vasallos leales? Para resolver tales dudas —además de no estar tan empapados de ideas pedanterías e hipocresías modernísimas— mucho les ayudaría a aquellos señores el echar una ojeada siquiera al Fuero viejo de Castilla. (Tit. III art. 3 y Tit. IV art. 12), donde estas que le parecen enormidades del Cid, están expresamente mencionadas con muchas y muy características circunstancias entre los derechos de los ricos omes castellanos en el tiempo del Cid». Ibid. XVII-XVIII.

justificación para esta clásica puñalada a la espalda a los ejércitos cristianos reunidos y a los mismos ideales de la reconquista (20).

Sin referirnos a la profusión con que Menéndez Pidal se sirve de las fuentes poéticas en su historia, y cuya utilización y crítica pensamos exponer más in extenso en otro epígrafe, sí debemos referirnos, a la forma con que el ilustre historiador acoge una serie de exageraciones, que le ayudan a magnificar el carácter y la figura valerosa del Cid. Así hablando del cerco de Zamora: «Durante el cerco —las fuentes históricas nos lo dicen— se distinguió Rodrigo, sobre todo en un encuentro extraordinario que acrecentó la ya grande fama de su valor personal, ganada en combates singulares como el que le había valido el sobrenombre de Campeador. Un día, hallándose solo, se vió inesperadamente acometido por quince caballeros zamoranos, de los cuales siete vestían lórigas; el de Vivar mató a uno de ellos, hirió y derrotó a otros dos y puso en fuga a los demás; soberbia muestra de destreza ante los muros de Zamora, mucho más sonada que todas las anteriores...» (21).

Esos encuentros de tipo extraordinario se suceden en la Historia del Cid. Algo parecido hallamos cuando el Campeador se dispone a invadir el reino de Lérida: «El Cid, confiado en sí, avanzó aun más al Este, ocupando Tamarite, donde tuvo ocasión de dar otra prueba de esa su genial destreza tan decisiva en la arriesgada vida de entonces. Saliendo cierto día de Tamarite, con sólo una docena de caballeros, fue sorprendido por 150 del rey de Aragón; pero a todos los hizo huir, tomando prisioneros a siete de ellos con sus caballos...» (22).

(20) Un cronista árabe anónimo, da como causa principal de la retirada de Valencia de los ejércitos cristianos aliados, a la entrada devastadora del Cid por tierras de Castilla: «Después Alfonso aminoró su temor y reanimó su espíritu, y congregó gentes, y reunió (sus adeptos) e hizo preparativos, y se puso en marcha en busca de Valencia para sitiarla, después de haber escrito a los de Pisa y Génova que viniesen por la parte del mar. Llegaron pues en cerca de cuatrocientos barcos, y se apercehirieron de sus intenciones en Valencia, y en las demás playas de la Península, pero tuvieron miedo a Alfonso, los que estaban en todas las playas; y luego Dios Altísimo se dignó contrariar sus voluntades, y permitió su dispersión; y cuando amaneció, que Alfonso caminó hacia ellos, no pudo verlos en todo lo largo (del mar).

Cuando Alfonso bajó hasta Valencia, se irritó el Campeador y se encolerizó, y reunió y concertó (gentes), porque él contaba ya con ella como de su obediencia, y Al-Kaadi: en ella no era sino su gobernador, porque ya no tenía poder ni para resistir ni para hacerse obedecer, y se tornó sobre Castela (Castilla), y quemó y devastó; y estas fueron las principales causas de la dispersión de los que se juntaron en Valencia.

Alfonso se retiró precipitadamente a Castilla, y el Campeador también se volvió. Los de Génova y los que los acompañaban se dirigieron sobre Tortoscha (Tortosa) y con ellos vinieron Ben Radmir y el príncipe de Barchelona (Barcelona) pero Dios la protegió, y se retiraron de ella sin lograr sus intentos».

(Cf. *«Libro de las cosas bastantes para la historia de los Califas»*, de autor incierto).

Cf. MANUEL MALO DE MOLINA. *Rodrigo el Campeador*. Estudio Histórico. Madrid, 1857, páginas 138-145.

(21) *ECid.*—I, pág. 181.

(22) *ECid.*—I, pág. 286.

LAS FUENTES PRIMITIVAS DEL CID

Examinaremos las primeras fuentes de las que se tiene noticia sobre Rodrigo Díaz de Vivar, y en las que se ha fundamentado especialmente la Historia del héroe castellano. Reseñamos en primer lugar las crónicas de historiadores musulmanes:

1.º La *Elocuencia evidenciadora de la gran calamidad*, constituye la fuente árabe más importante. Su autor es Ben Alcama, quien presenció el asedio y dominación de Valencia por el Cid. Escribe a este respecto Menéndez Pidal: «El largo relato de Ben Alcama, nimio y detallista, es de un valor inestimable. Lástima que sólo se conserve traducido incompleto en crónicas castellanas de los siglos XIII y XIV» (23).

2.º Coetáneo de Ben Alcama, tenemos a Ben Bassam, quien escribió un *Tesoro de las excelencias de los españoles*, obra en la que describe los literatos musulmanes de su tiempo: «El tomo III de su Tesoro, escrito en 1109, está consagrado a los literatos del Levante de España, y tratando de Ben Tahir, ex rey de Murcia que entonces vivía octogenario en Valencia, habla a grandes rasgos de cómo el Cid conquistó la ciudad levantina...» (24).

Y estas serían las fuentes primitivas árabes y casi únicas que poseemos sobre el Cid. Como podrá observarse las menciones del Cid en las Crónicas musulmanas son sumamente escasas. Unas alusiones de Ben Bassam y una simple Crónica particular de una ciudad musulmana, como tantas otras existieron de las muchas ciudades de los reyes de taifas dentro de la España musulmana. El Cid sin embargo, como pondremos de relieve más tarde, se halla ausente de la gran historiografía oficial musulmana.

(23) *ECid.*—I, pág. 4.

(24) *ECid.*—I, pág. 5. A estas fuentes queremos añadir también un fragmento de la Crónica titulada: *Libro de las cosas bastantes para la historia de los Califas*, de autor incierto. Es interesante este fragmento porque nos narra con cierta extensión algunas de las correrías del Cid por el reino de Valencia. Cf. MANUEL MALO DE MOLINA. *Rodrigo el Campeador*, Op. cit.

Incluso en un relato admirable de esta época tampoco aparece el héroe castellano; me refiero a las memorias del último rey zigrí de Granada, magnífico documento donde se expone la fragmentación territorial de la España musulmana, y donde se describen asimismo los temores y los sentimientos de los reyes de taifas, frente a la política triunfante, clarividente y avasalladora de Alfonso VI. Junto al monarca aparecerán buen número de caballeros castellanos, entre ellos su gran capitán Alvar Fañez, pero no deja de ser curioso que el monarca zigrí, no haya considerado ni siquiera una sola vez la figura del Cid.

Con razón escribiría el gran arabista Leví-Provençal: «Por poco familiarizado que se esté con las obras de la historiografía hispano-musulmana que narran los anales de la Península en el siglo XI, todo el mundo sabe el exiguo lugar que ocupan en ellas los más salientes episodios de la gesta cidiana contra el Islam. Mientras la actividad desplegada por Alfonso VI contra los musulmanes da ocasión a los cronistas árabes para sus largas observaciones en cambio, la que desplegó el Cid por la misma época aparece en dichos autores reducida a proporciones infinitamente más modestas. Así, por ejemplo, Abd Allah, el último rey zirí de Granada, al escribir sus Memorias, hace del conquistador de Toledo, del imperator toledanus, algo así como el personaje central de su relato. La energía de Alfonso, su tenacidad en deshacer los esfuerzos de los musulmanes para arrebatarse la antigua metrópoli visigoda, gracias a él recobrada por la cristiandad; la conciencia que tenía de ser el liberador del territorio patrio y el campeón de la Reconquista, son aspectos que subraya con sorprendente relieve la pluma del autor de este precioso documento. Al Cid, por el contrario, ni siquiera lo menciona. Y, si Rodrigo Díaz aparece citado en las Crónicas árabes del final del período de los reyes de taifas y de los comienzos del final del período de los reyes de taifas y de los comienzos de la España almorávide, es casi siempre en forma muy sumaria y sin grandes detalles, por lo menos en aquellas obras, que hasta este momento, han sido accesibles a los modernos historiadores de la Edad Media» (25).

Y el mismo Leví-Provençal se mostrará escéptico sobre el siguiente juicio de Menéndez Pidal: «El descubrimiento del texto árabe de Ben Alcama, que cualquier día habrá de ocurrir, traerá muchas rectificaciones, para nuestra reconstrucción...» (26).

(25) Cf. LEVÍ-PROVENÇAL.—*La toma de Valencia por el Cid*.—Al-Andalus, tomo XIII, 1948, pág. 97 y sgtes.

(26) *ECid.*—II, pág. 901

Comenta a este respecto Leví-Provençal: «Cerca de veinte años han pasado desde que se escribieron estas líneas sin que la predicción del sabio español se haya cumplido, y yo comparto apenas su esperanza de que se descubra un día el texto árabe original de la historia de Ibn Alquama. En efecto, estas pequeñas crónicas de una ciudad, cuya existencia nos consta, no sólo para Valencia, sino también para la mayoría de las capitales andaluzas, han circulado siempre por el mundo musulmán mucho menos que las grandes historias generales o dinásticas, y las copias que se hacían de estas monografías de interés limitado a una sola ciudad o región eran por fuerza mucho menos en número que las de las Crónicas de radio más amplio. Por consiguiente las posibilidades de encontrar cualquiera de ellas son realmente mínimas. Ahora bien; seguramente en la Edad Media no sucedía lo mismo. En esta época, todas estas crónicas fueron aprovechadas directamente sobre el original, particularmente en el siglo XIV, cuando la gran floración del género historiográfico en el Occidente musulmán» (27).

Respecto a las fuentes cristianas tenemos principalmente:

1.º *La Historia Roderici*. Constituye ésta la base principal que utilizó Menéndez Pidal para la redacción de su historia. Para él «la *Historia Roderici* es propiamente el evangelio de la fidelidad y del esfuerzo heroico; toda ella transpira veracidad sencilla y devota» (28).

Dozy había hablado de un recuerdo borroso del suceso, de tradiciones descoloridas, incompletas y hasta falsas. Menéndez Pidal explica, que salvo las primeras páginas, que son un poco confusas «nada más lejos de una tradición confusa» (29). El autor para Menéndez Pidal no se guía por tradiciones sino por documentos, algunos los inserta textuales. Y concluye que la «*Historia Roderici* muestra una veracidad de coetáneo, igual a la de Ben Alcama. La diferencia consiste únicamente en que la historia latina está trazada, con arreglo a una escala mucho menor que la historia árabe» (30).

Respecto a la fecha en que se escribió, también existen disparidad de criterios. Dozy y Menéndez Pelayo se inclinaron a creerla escrita a mediados del siglo XII, hacia 1150 aquél y hacia 1140 éste. Pero Menéndez Pidal rechaza esta suposición y supone que el autor fue un coetáneo del Cid, a quien acompañó por tierras de Aragón y Valencia, y escribía unos once años después de la muerte de su héroe (31). Más adelante amplifi-

(27) Cf. LEVÍ-PROVENÇAL.—*La toma de Valencia*.—Op. cit. pág. 103.

(28) *ECid.*—I, pág. 6.

(29) *ECid.*—II, pág. 907.

(30) *ECid.*—II, pág. 910.

(31) *ECid.*—I, pág. 6.

caría aún estas ideas: «Por esto me inclino a creer que toda la *Historia Roderici* es obra de un clérigo no castellano que siguió al Cid en tres ocasiones distintas, y después muerto el héroe, empalmó sus tres cuadernos de apuntes con ánimo de formar una biografía completa. Este clérigo escribía su redacción definitiva antes de la Reconquista de Zaragoza ocurrida en diciembre de 1118. Un hombre que tiene su atención siempre fija en el reino moro zaragozano, hubiera, sin duda, aludido a la conquista cristiana de ese reino, como se preocupa de advertir que la ocupación de Valencia por los almorávides en 1102 fue firme, sin que pudiesen reaccionar los cristianos contra ella» (32).

Aceptamos la suposición de ser el autor un clérigo, probablemente mozárabe y de la frontera catalano-aragonesa. Decimos esto porque parece conocer bastante bien los acontecimientos de las cortes de Zaragoza y Lérida, así como las tierras de estos reinos. Menos versado se muestra sobre Castilla y Levante. Respecto a este último reino, confunde un episodio tan importante, como es la muerte de Alcadir (33).

Como tal clérigo usa una serie de procedimientos: ampliaciones, discursos, cartas, juramentos, etc., etc., que denuncian una retórica de escuela. A nuestro entender probablemente procede o está muy influido por la escuela de Ripoll. A ella habría que atribuir también el *Carmen Campidoctoris*, que tan estrecha relación guarda, como ya veremos, con la *Historia Roderici*. Aceptados tales procedimientos librescos, ni que decir tiene que no podemos considerar como verdaderas, las cartas fantásticas que se cruzan entre el Cid y Berenguer antes del encuentro en los pinares de Tevar. Lo mismo decimos de los cuatro largos y farragosos juramentos proferidos por el Cid para exculparse de su no asistencia en Aledo, y de los discursos que de continuo pone en boca de sus personajes.

Otra importante y debatida cuestión es la de la fecha. Tenemos en primer lugar un término *a quo*. Nos cuenta el cronista que tras la muerte del Cid la viuda se vió obligada a abandonar Valencia y que entonces volvieron a ocuparla los musulmanes y que nunca más ya la perdieron: «et eam cum omnibus eius finibus habitaverunt, et nunquam eam ulterius perdidderunt» (34). Por tanto tiene que ser posterior a 1102, fecha en que

(32) *ECid.*—II, pág. 817.

(33) La *Historia Roderici* sobre tan importante acontecimiento, parece darnos a entender, que en lugar de ser los habitantes de Valencia los que mataron a Alcadir, fue éste quien con ayuda de los almorávides hizo matar al vecindario de Valencia. Tal consentimiento ha provocado naturalmente la oportuna rectificación del ms. por parte de los comentaristas. Pero ello probaría, creo yo, más que ignorancia latina, desconocimiento también de los sucesos. Cf. *Historia Roderici*, fol. 89v.

(34) *Historia Roderici*, fol. 96r.

los almorávides entraron de nuevo en la ciudad y se afirmaron sólidamente en ella.

Pero pasemos a otra afirmación del cronista, que también puede ayudar a precisar la fecha. Nos relata la *Historia Roderici*, que cuando el Cid tuvo noticias de la irrupción almorávide, corrió a las tierras de Levante y que si no hubiese ido tan rápidamente que aquellas gentes bárbaras, hubieran llegado hasta Lérida y Zaragoza y las hubiesen ocupado:

«Rodericus autem hoc audiens, celeri cursu ad opidum Cepulle peruenit eumque statim obsedit. Nisi uero tan cito uenisset, ille barbare gentes Yspani(am) totam usque ad Cesaraugustam et Leridam iam preoccupasset, atque omnino obtinuissent» (35).

La aseveración me parece hasta cierto punto contradictoria. Para un cristiano identificado con los ideales de la reconquista, su pensamiento primordial era arrojar a los musulmanes de sus tierras y ciudades, y no se paraba en diferencias de matiz, y hasta cierto punto le era indiferente que los señores que detentaban sus reinos, fueron los Beni-Hud o los almorávides, todos estaban incluidos en el denominador común de musulmanes, a los que violentamente había que expulsar del país. Basándonos en estas consideraciones hacemos hincapié en la contradicción señalada. ¿Cómo dice el autor de la *Historia Roderici*, que los almorávides hubiesen ocupado Lérida y Zaragoza, cuando de hecho ya estaban ocupadas por reyes moros? Creemos que el cronista formula su criterio desde la perspectiva temporal en que se encuentra, y que estaba escribiendo cuando Lérida y Zaragoza ya habían sido reconquistadas y liberadas del yugo musulmán. Así desde aquella situación temporal y psicológica, sí que hubiese constituido un formidable peligro para la cristiandad, el avance almorávide hasta Zaragoza y Lérida. Si consideramos que Zaragoza fue reconquistada en 1118 y Lérida en 1149, ello indicaría también que la *Historia Roderici* se escribió en la segunda mitad del siglo XII, o por lo menos en el año 1150 como ya estimaba Dozy y con ello se descartaría también la idea de que el cronista fuese coetáneo del Cid (36).

2.º Según Menéndez Pidal habría que considerar también «como fuentes históricas» las más antiguas poesías consagradas al Cid. Dos poe-

(35) *Historia Roderici*.— Fol. 89v.

(36) Por motivos distintos y basado especialmente en el estudio paleográfico y diplomático de la *Historia Roderici*, llega Antonio Ubieto a conclusiones parecidas. Según Ubieto la fecha de redacción del códice hay que concretarla entre 1144-1147. Menos admisible y probada me parece la afirmación de Ubieto de que la *Historia* no pudo ser escrita por un clérigo ilerdense, sino por un zaragozano.

Cf. ANTONIO UBIETO.—*La Historia Roderici y su fecha de redacción*.—Rev. Saitabi, núm. XI, 1961, págs. 241-6.

mas, principalmente el *Carmen Campidoctoris* y el *Poema de Mio Cid*.

El *Carmen Campidoctoris*, conservado en un manuscrito del monasterio de Ripoll, parece tener como principal asunto la lucha de Rodrigo con el conde Barcelona. «Está escrito en vida del héroe, hacia 1090, por un clérigo catalán, probablemente barcelonés, hostile al conde fratricida que entonces regía Barcelona» (37).

Bonilla y San Martín en su edición de la traducción de la *Historia Roderici*, considera que existe una estrecha relación entre ésta y el *Carmen Campidoctoris*: «No hay motivo bastante para suponer que medie relación estrecha entre el *Cantar de Mio Cid* y las *Gesta*. En cambio, es innegable que el autor de éstas y el del cantar latino (que llamaré *Carmen Campi-Doctoris*) publicado por Edelstand du Meril en 1847, se valieron de las mismas fuentes (si es que el segundo no siguió al primero)» (38). Nosotros consideramos que efectivamente la *Historia Roderici* constituyó la fuente de inspiración para el *Carmen Campidoctoris*, y me fundo especialmente en los motivos que se exponen:

a) En primer lugar cuenta la *Historia Roderici*, que el rey Sancho amó tanto al Cid que le quiso dar el mando de todo su ejército:

«Rex autem Sanctius adeo diligebat Rodericum Didaci multa dilectione et nimio amore, quod constituit eum principem super omnem militiam suam» (39).

En términos parecidos se expresa el *Carmen Campidoctoris*:

33 Quem sic dilexit Sanctius, rex terre,
iuvenem cernens adlata (l. ad alta) subire,
quod principatum velit illi prime
cohortis dare.

b) También coinciden la *Historia Roderici* y el *Carmen* en señalar que tras la muerte de Sancho, el nuevo rey Alfonso acogió favorablemente al Cid, colocándole en una posición preeminente, desatando también con ello la envidia cortesana, que ambos historiadores no dudan en presentar como la principal causa del destierro del Cid.

«Igitur post mortem domini sui regis Sanctii, qui eum nutriuit et eum valde dilexit, rex Aldefonsus honorifice eum pro uasallo recepit atque eum nimio reuerentie amore apud se habuit. Dominam Eximinam nep-

(37) *ECid.*—I, pág. 7.

(38) Cf. *Gestas del Cid Campeador.*—(Cr. Lat. del s. XII). edic. publicada por Adolfo Bonilla y San Martín, 1911, pág. 19.

(39) *Historia Roderici.*—Fol. 75v.

tem suam, Didaci comitis Ouertensis filiam, ei in uxorem dedit, ex qua genuit filios et filias...»

(Tras la victoria de Cabra empezaron sin embargo las murmuraciones).

«Pro huiusmodi triumpho ac victoria a Deo sibi collata, quam plures tam propinqui quam extranei causa inuidie, de falsis et non ueris rebus illum apud regem accusauerunt...»

(Y por último tras la incursión del Cid por tierras de Toledo en 1081, el rey, movido por las insidias de los cortesanos, le desterró).

«Ut autem rex Aldefonsus et maiores sue curie hoc factum Roderici audierunt, dure et moleste acceperunt, et huiusmodi causam sibi obicientes sibique curiales invidentes, regi unanimiter dixerunt: «Domine rex, celsitudo uestra proculdubio sciat, quod Rodericus hac de causa fecit hoc ut nos omnes simul in terra sarracenorum habitantes eamque depredantes a sarracenis interficeremur atque ibi moreremur. Huiusmodi praua et inuida suggestione rex injuste commotus et iratus, eiecit eum de regno suo» (40).

Pensamientos semejantes se trazan en el *Carmen Campidoctoris*, con la diferencia que aquí la envidia nace antes ya de la batalla de Cabra y se debe principalmente a la situación de preeminencia que había colocado el rey Alfonso al Cid en la corte.

- 41 Post cuius necem dolose peractam,
rex Eldefonsus obtinuit terram;
cui, quod frater uoverat, pertotam
dedit Castellam.
- 45 Certe nec minus cepit hunc amare,
ceteris plusquam uolens exaltare,
donec ceperunt ei inuidere
compares aule.
- 49 dicentes regi: «Domine, quid facis?
Contra te ipsum malum operaris;
cum Rodericus (l-cum) sublimari sinis,
displicet nobis.
- 53 Sit tibi notum: te nunquam amabit,
quod tui fratris curialis fuit,
semper contra te mala cogitabit
et preparabit».

(40) *Historia Roderici*.—Fol. 76r. y v.

- 57 Quibus auditis susurronum dictis,
 rex E'defonsus, tactus zelo cordis,
 perdere timens solium honoris,
 causa timoris,
- 61 omnem amorem in iram convertit,
 occasiones contra eum querit,
 obiciendo per pauca que novit
 plura que nescit.

Respecto a la datación, Menéndez Pidal lo considera escrito antes de 1093, y eso apoyándose en dos versos del Poema que hablan del castillo de Almenar:

- 97 Cesaraugustae obsidebant castrum,
 quod adhuc Mauri vocant Almenarum...

Arguye a este respecto Menéndez Pidal: «Pero es el caso que la fecha de la reconquista de Almenar nos es perfectamente conocida: fue hecha por Sancho Ramírez en 1093. Por tanto, el verso citado en que se nombra a ese «castillo del reino de Zaragoza, que hoy los moros llaman Almenar» fue escrito antes del año 1093. No es de creer fuese escrito algo más tarde, ignorando la reconquista de ese pueblo, pues el poeta se muestra bien enterado de la historia de los dos reinos moros de Zaragoza y de Lérida, conociendo el nombre del rey de esta última ciudad, Alhayib. Después de la reconquista de Almenar, el «adhuc Mauri vocant Almenarum» querría decir que sólo los moros llamaban así el castillo, lo cual sería inexacto, pues los cristianos no lo llamaron nunca de otro modo. En suma «vocant» viene a decirnos que los moros 'poseen' a Almenar» (41).

Razonamiento forzado y como el mismo Curtius al examinarlo se pregunta a sí de alguna manera es concluyente. El poeta podía haber dicho en tanto Almenar todavía se hallaba en manos de los moros. Por otra parte nos dice solamente que dicho castillo tiene todavía el nombre árabe de Almenar, como así es. Además el poeta quería abarcar la vida completa de su héroe. Finalmente pone de relieve Curtius que el mismo Menéndez Pidal ha hecho notar, que la representación de la lucha con Berenguer coincide esencialmente con la *Historia Roderici*, y por ello hay que situar el poema latino en fecha considerablemente posterior. La datación de la *Historia Roderici*, la coloca Menéndez Pidal unos quince años tras la muerte del héroe y Curtius entiende, como antes he puesto yo de relieve,

(41) Cf. *ECid.*—II, pág. 876.

que dicha historia fue la fuente principal en que se apoyó el autor del *Camen*. Y ello por dos motivos principales; por la concordancia puesta de relieve por el mismo Menéndez Pidal de principales sucesos, y en segundo lugar por el frecuente uso que hacían los Poemas históricos medievales de Crónicas históricas en prosa. Tal es el caso también de la relación del poeta Saxo con Einhard (42).

En definitiva, Curtius no sólo se va a oponer a Menéndez Pidal en cuanto a la fecha del Poema, sino que también rebate sus argumentos, que lo atribuyen a la poesía juglaresca de inspiración popular, mientras Curtius tras un detenido y penetrante estudio, demuestra que procede de una tradición retórica de escuela, con las convenciones estilísticas de la poesía medieval. Concretamente lo va a atribuir a la escuela monástica de Ripoll: «Nun ist der Cyd-Rhythmus in einem Miscellancodex des Katalanischen Klosters Ripoll überliefert, dem Rudolf Beer 1908 eine scharfsinnige Studie gewidmet hat. In Ripoll war die Abfassung lateinischer Lob und Trauergedichte auf die Grafen von Barcelona seit dem 11. Jh. üblich. Ein solches Gedicht auf den 1017 verstorbenen Grafen Raimundus Borelli beginnt:

Ad Carmen populi flebile cuncti aures nunc animo ferte benigno.

Dem populi cuncti entspricht das populi catervae, dem aures ferte das audite des Cid Rhythmus. Wir haben dann eine gereimte Totenklage auf R. Berenguer IV, die ebenfalls in Ripoll entstanden ist und von der Beer nachweisen konnte: «Ein deutlich zu verfolgender Weg führt von den annalistischen Aufzeichnungen zu den Chroniken... zu den einschlägigen Berichten der *Gesta Comitum* und endlich zum Hymnus». Der Cid-Rhythmus stammt aus derselben Handschrift wie der Hymnus. ¡Berenguer IV war der Sohn Berenguer III und somit ein Enkel des Cid. In Catalonien war man, wie Beer hervorhebt, stolz auf die Verbindung des regierenden Grafengeschlechtes mit der Familie des Cid, ein Stolz, der auch am Schluss des altkastilianischen Poema del Cid deutlich durchklingt». Hält man all das zusammen, so kann man kaum umhin, den Cid-Rhythmus in die Reihe der in Ripoll «traditionell gewordenen Enkomien auf Verstorbene» einzuordnen. Das würde besagen, dass auch dieser Rhythmus auf demselben Wege zustande gekommen ist wie der auf Berenguer IV: von der Chronik zu den *Gesta*, von da zur lateinischen Poesie. Der Rhythmus dürfte also nach dem Tode des Cid als Produkt der Klostertradition entstanden sei. Dadurch wird die Auffassung M. Pidal von dem spielmännischen Ursprung der Cid-Dichtung erschüttert: En vida aún (el Cid), inspiró canciones como el *Carmen*, cuya conservación...

(42) Cf. E. R. CURTIUS.—Zur Literaturästhetik des Mittelalters.—ZRPf. 1938, pág. 169.

arguye la existencia de otras composiciones cidianas coetáneas que se hubieron de perder (51). Selbst man an der Datierung «zu Lebzeiten des Cid» festhalten wollte, die unwahrscheinlich ist, lässt sich das Argument aus der audite-Formel, wie wir sahen, nicht halten. Nichts erlaubt uns aus dem Rhythmus die Existenz anderer verlorener Cid-Gedichte zu erschliessen. Am Anfang der 'poetischen Cid-Tradition' steht vielmehr die gelehrte Komposition eines Lateindichters. Dieser Dichter kann nur ein Kleriker gewesen sein. Ich glaube das nicht nur wahrscheinlich gemacht, sondern bewiesen zu haben» (43).

3.º Cerraría este período de fuentes primitivas el *Poema de Mio Cid*, escrito en tierras de Medinaceli, unos cuarenta años después de muerto el protagonista y en opinión de Menéndez Pidal: «el Poema nos da, además de multitud de tipos, sucesos y costumbres de época, la más integral representación del carácter del Cid» (44). Sobre el Poema nos extendemos más ampliamente en una análisis detenido que le dedicaremos en páginas posteriores.

Estas serían pues las tres únicas fuentes cristianas que poseemos de una época cercana a la realización de la vida y hazañas del Cid.

Cuando ya avanzado el s. XII aparece un segundo período de la historiografía, en él se hallarán, ya confundidos la historia y la fábula. El Cid aparece por primera vez, mezcla de poesía juglaresca e historia, en la *Crónica Najerense* (1160), y luego, ya en el siglo XIII en el *Chronicon Mundi* del obispo de Tuy, en las *Rebus Hispanie* del arzobispo de Toledo y finalmente, para abreviar, sobre todo en la *Primera Crónica General*, donde la Historia del Cid, ocupa una parte muy importante, pero también en donde, dejando a un lado la traducción de Ben Alcama, la mayor parte de dicha historia está constituida por un conjunto de narraciones y leyendas cidianas, de las que el *Poema de Mio Cid* formaría el núcleo principal.

Tras este análisis de las fuentes podríamos llegar a las siguientes conclusiones:

1.ª Que las primitivas fuentes del Cid: la *Historia Roderici*, el *Carmen Campidoctoris* y, en fin, el *Poema de Mio Cid*, de ninguna manera han sido escritas por cronistas coetáneos del Cid, sino redactadas alrededor de medio siglo tras la muerte del héroe castellano.

2.ª Que en la gran historiografía nacional y oficial de la época, no aparece mencionada para nada la figura de Rodrigo Díaz de Vivar.

Es sintomático que no aparece el Cid, ni en la *Crónica del Obispo Pelayo*, ni en la *Silense*, ni en la *Compostelana*, donde se mencionan a gran-

(43) E. R. CURTIUS.—*Zur Literaturästhetik*.—Op. cit. pág. 170-171.

(44) *ECid*.—I, pág. 6.

des reyes de la época, especialmente a Alfonso VI y a buen número de caballeros y dignidades castellanas y leonesas. Menéndez Pidal a quien no pasó desapercibido el hecho, lo intenta aclarar como «servilismo cortesano y falta de habilidad en percibir la perspectiva y los varios términos del cuadro histórico» (45). Pero de aceptar este juicio de Menéndez Pidal tendríamos que preguntarnos qué servilismo pudo haber en la gran historiografía árabe, donde también se pasa por alto a la figura del Cid, y en las célebres *Memorias* de esta época, del último rey zirí de Granada, donde tanto se habla de Alfonso VI, Alvar Fañez y otros caballeros castellanos, de ningún modo se hace alusión al Cid. En fin, el Cid en fuentes árabes sólo es considerado extensamente en una crónica local, la de Valencia, lugar de sus hazañas, y que no es más que una de la larga serie de crónicas locales que compusieron en sus respectivas y numerosas ciudades los reyes de taifas. Como bien ha dicho Leví-Provençal, la gesta cidiana ocupa un lugar muy exiguo en la historiografía hispano-musulmana.

3.^a Por último observadas atentamente las fuentes, vemos que se hallan ubicadas en este triángulo Zaragoza, Lérida, Valencia, donde fue realmente conocido y donde tuvieron lugar sus hechos guerreros. Tierras estas del NE. hispano, conocidas por la frontera superior, alejadas del epicentro geográfico e histórico peninsular, como para probarnos una vez más que la figura del Cid fue de tono menor y marginal, en la fabulosa epopeya central de la reconquista española, llevada a cabo por su gran rey Alfonso VI.

(45) *ECid.*—I, pág. 5.

COMENTARIO A LA GESTA CIDIANA

A) Las relaciones del Cid con su soberano1.º *Sobre las causas de su destierro.*

En primer lugar habría que consignar la victoria del Cid contra García Ordóñez y Abdallah que confiados en su numeroso ejército entraron por las tierras de Almotamid, saqueándola toda en la parte fronteriza de Cibra. El Cid los venció haciendo prisionero al mismo García Ordóñez junto con otros caballeros castellanos. Sobre este suceso nos cuenta Menéndez Pidal: «Pero en Burgos, si la humillación de García Ordóñez podía ser grata al pueblo, fue muy desagradable al rey que tanta predilección sentía por el conde de Nájera. La victoria de Rodrigo Díaz, además despertó envidia en muchos, no sólo entre los extraños y en el bando de los Ordóñez, sino entre los mismos parientes del Cid, y muchos acusaron a éste ante el rey de cosas falsas, que la *Historia Roderici* no se detiene a referir. Por el viejo Poema sabemos que las acusaciones consistían en decir que el Cid había sido infiel mensajero, reteniendo para sí lo mejor de las parias del rey moro (y de paso, repárese cómo esta noticia de los juglares encaja con evidente exactitud con un vacío que la historia deja). Probablemente hubo alguna fatal circunstancia que diese color de verdad a tales acusaciones. Motamid agradecido, pudo obsequiar con envidiables dones a su ayudador, o bien, menos creíble, pudo hacer al Cid víctima de algún engaño, como el que intentó en 1082, tratando de pagar el tributo en moneda de baja ley. Lo cierto es que en el ánimo de Alfonso comenzó a crecer el sentimiento de recelo, de aversión hacia el Cid, y esta antipatía, excitada pronto con motivo de una nueva iniciativa del héroe estalló violentamente» (46).

(46) *ECid.*—I, pág. 261-2.

Un segundo motivo lo constituiría la cabalgada del Cid por tierras de moros, estando el emperador en su campaña de Toledo. Hallándose el emperador en guerra por tierra toledana, el Cid había quedado enfermo en Castilla. Entonces los moros acometieron el castillo de Gormaz, la más importante fortaleza castellana sobre la línea del Duero, y robaron en sus algaras abundante presa.

Al oír estas noticias, el Cid indignado, reunió a todos sus caballeros, los proveyó bien de armas, entró con ellos en cabalgada por el reino de Toledo, devastó en castigo la tierra y se volvió con unos siete mil cautivos, entre hombres y mujeres, y un gran botín de ganados, ropas y otras riquezas, todo lo cual llevó consigo a sus dominios: «Reuerso autem cum supradicto honore ad Castellam Roderico, rex Aldefonsus ad sarracenum terram sibi rebellem cum exercitu suo statim perrexit, ut eam debellaret et regnum suum amplificaret et pacificaret. Rodericus autem tunc temporis in Castella remansit infirmus. Sarraceni uero interea uenerunt et irruerunt in quendam castrum qui dicitur Gormaz, ubi (non) paucam predam acceperunt.

Cum autem hoc audiret Rodericus, nimia motus ira et tristitia ait: «Persequar latrunculos illos, et forsitan eos comprehendam». Congregato itaque exercitu suo et cunctis militibus suis armis bene munitis, in partes Toleti depredans et deuastans terram sarracenum, inter uiros et mulieres numero VII. milia, omnesque substantias et diuitias eis uiriliter abstulit secumque in domum suam attulit» (47).

Esta segunda iniciativa totalmente personal del Cid y éxito subsiguiente cayó mal entre los magnates de la corte. Decían a Alfonso gentes enviadas que Rodrigo no había hecho aquella cabalgada, sino para que el rey y todos ellos, que andaban combatiendo por tierras de moros, muriesen a manos de los sarracenos.

No deja de reconocer Menéndez Pidal que seguramente el Cid entró por tierras de moros amigos y de ahí las acusaciones contra él: «En este caso el Cid habría cometido una falta con la política de Alfonso, el cual era muy escrupuloso en guardar los derechos de los moros sometidos: una vez que los caballeros cristianos del castillo de Hita hicieron cabalgada contra los moros de Guadalajara, súbditos de Alfonso (entre los años 1088-1091), el rey se airó inexorablemente contra los cabalgadores y los mandó aprisionar» (48).

Sin embargo, posteriormente atribuirá la malevolencia contra el Cid a

(47) *Historia Roderici*.—Fol. 76v.

(48) *ECid*.—I, pág. 268.

los envidiosos, a los mestureros que se dedicaban a meter cizaña y que constituían en la corte una especie de institución.

Pero si analizamos más detenidamente el hecho objetivo, notamos que el Cid no participa en la gran campaña castellana para la toma de Toledo, plaza considerada entonces casi como inexpugnable, y no sólo no participa, sino que con sus campañas aisladas y particulares está soliviantando a los moros aliados, con el consiguiente peligro para el rey y sus ejércitos. Tal puede ser uno de los motivos lógicos del destierro.

2.º Entrevistas del Cid con el Emperador.

Veamos en primer lugar el episodio referente a la tradición de Rueda. Alfonso VI mantenía la rebelión contra el rey moro de Zaragoza. El alcaide de Rueda se rebeló contra Motamín y rogó a Alfonso le ayudase en la rebelión. El Emperador vió la forma de continuar la intervención en tierras de Zaragoza. Pero posteriormente el alcaide Abulfalac maquinó traicionar al Emperador y volver al favor de Mutamid. Entonces hizo la intención de entregar el castillo de Rueda y pidió al Emperador que tomara posesión de él, pero éste hizo pasar delante a un grupo de ricos-hombres que fueron alevosamente asesinados por los moros escondidos en las murallas. El Emperador tuvo que retirarse preso de profunda tristeza. Entonces parece que Rodrigo decidió volver a su lado. Nos refiere la *Historia Roderici*: «Quo audito, Rodericus, qui erat in Tutela, venit ad imperatorem. Imperator autem recepit eum honorifice, et diligenter precepit ei ut sequeretur eum ad Castellam. Rodericus autem secutus est eum. Sed imperator adhuc tractavit in corde suo multa invidia et consilio maligno, ut eiceret Rodericum de terra sua. Rodericus autem hoc comperiens, noluit ire ad Castellam, sed discedens ab imperatore reversus est ad Cesaraugustam, quem Almuctaman rex diligenter ibidem recepit» (49)

El autor de la *Historia Roderici*, incurre aquí en notoria contradicción. Por una parte nos refiere que el Emperador acogió al Cid con mucho honor, y por otra parte nos dice que encubría el secreto pensamiento de desterrarle. Por un motivo pues más aparente que real, abandonó el Cid a su soberano y regresó de nuevo a Zaragoza. Varios años más tarde regresaría el Cid a Castilla, y Alfonso VI lo recibiría con manifiesta alegría y le concedería al mismo tiempo grandes honores. Más bien entiendo pues aquellas observaciones, como un intento, no muy conseguido por cierto, del escriba de la *Historia Roderici*, de justificar en favor del Cid, el abandono de su soberano sin causa determinante.

(49) *Historia Roderici*.—Fol. 78v.

«Moratus est itaque Rodricus Didaci Cesaraugustam usque ad obitum Almuctamam. Quo mortuo, succesit ei in regno filius eius Almuzahen, cum quo moratus est Rodericus in maximo honore et in maxima veneratione apud Cesaraugustam IX annis. Quibus itaque expletis, rediit ad patriam suam Castellam, quem recepit honorifice et ylari uultu rex Alfonsus. Mox dedit ei castrum qui dicitur Donnas cum habitatoribus suis, et castrum Gormaz et Ibia et Campos et Agunna et Berbesca et Langa, que est in extremis locis, cum omnibus suis alfozis et suis habitatoribus.

Insuper autem talem dedit absolutionem et concessionem in suo regno sigillo scriptam et confirmatam, quod omnem terram uel castella que ipsimet posset adquirere a sarracenis in terra sarracenorum, iure hereditario prorsus essent sua: non solum sua, uerum etiam filiorum suorum et filiarum suarum et tocius sue generationis» (50).

3.º *El emperador pide prestación a su vasallo.*

En 1089 Jusuf pone sitio a Aledo, formidable fortaleza cristiana, en el corazón de tierra mora, insertada como una cuña, entre Murcia y Almería, desde donde los cristianos hacían incursiones devastadoras a estos últimos reinos, y dividían por así decirlo en dos grandes mitades, lo que aún quedaba de la España musulmana. En su empeño de arrojar a los cristianos y recuperar tan poderosa fortaleza, se unieron almoravides y reyes de taifas. Tras largo asedio cuando la moral y cansancio de los sitiados se hallaban más deteriorados, se recibieron noticias que en su socorro acudía Alfonso VI. Con este motivo Alfonso requirió del Campeador que fuese a ayudarle a levantar el sitio de Aledo. El Campeador se declaró dispuesto a ello. Levantó el campo de Requena y bajó a Játiva, donde un portero del rey le alcanzó y le dijo que esperase a su soberano en Villena, pero el Cid prefirió esperar en Onteniente, valle fructífero donde podía abastecerse de provisiones, en tanto el rey pasó por Hellín. Cuando Rodrigo tuvo noticia de ello, corrió en su busca, pero llegó tarde, pues los ejércitos de Yusuf, sabedores y temerosos por la llegada de Alfonso, se retiraron y Alfonso en cuanto hubo abastecido y socorrido la plaza de Aledo, regresó de nuevo a Castilla, de manera que el Cid ni siquiera le vio en su camino de regreso.

La ira del rey puede considerarse natural, al entender que el vasallo no había acudido a su llamada, y en consecuencia hizo prender a doña Jimena y a sus hijos. La *Historia Roderici*, intenta de nuevo exculpar al Cid, y nos cuenta minuciosamente cómo no fue falta del Cid este retraso,

(50) *Historia Roderici*.—Fol. 79v.

y aun nos refiere el desafío del Cid, contra los que falsamente le acusaban de traidor, desafío que el rey no quiso aceptar

Sin entrar en averiguaciones, el hecho extrínseco, fue, como hemos comprobado, que el Cid por circunstancias no muy claras, no acudió en auxilio de su rey.

Otro incidente ocurrió, con motivo de otra petición de ayuda que Alfonso VI dirigió al Cid, en la campaña que emprendió contra Granada en 1091. Al decir de la *Historia Roderici* fue la propia reina Constanza, la que envió cartas al Cid rogándole que acudiese a la campaña de Granada, pues esta era una buena ocasión para obtener el perdón del rey, como así fue en realidad, ya que Alfonso VI le recibió muy afablemente. Pero aquella empresa que debía señalar la reconciliación, constituyó un motivo de nuevas discordias, entre el rey y su vasallo. Parece que el Cid llegó el último con su socorro, pero luego colocó sus tiendas delante de las del rey. En opinión del autor de la *Historia Roderici*, para protegerlo mejor, pero ello fue considerado como una ofensa por el soberano. Seis días permaneció Alfonso delante de Granada y como el rey almoravide no osó atacarle, se retiró de nuevo a Toledo. De regreso, y al pasar por Ubeda, el rey hizo colocar sus tiendas en la sierra, mientras el Cid colocó las suyas delante, en el llano y junto al cauce del Guadalquivir. Ello naturalmente lo tomó a mal el Emperador y cuando el Cid acudió a saludarle, le recibió con ásperas palabras y le afeó su conducta. El Cid por la noche regresó no sin temor al campamento, donde muchos de los suyos, sabedores de la ira del rey, le abandonaron. Y mientras el rey proseguía su camino a Toledo, el Cid se dirigió de nuevo a Valencia, así que aquella expedición que hubiera podido ser un motivo de reconciliación, resultó una nueva ocasión de discordia.

Menéndez Pidal al intentar explicar este suceso, recurre otra vez a su teoría de la envidia —muy de acuerdo con el pensamiento de la *Historia Roderici*— y establece un parangón con el caso de Saul y David: «El Emperador, en realidad, tenía altas cualidades personales, bastantes para poder vivir sin envidia; pero, como a tantos insignes, le faltaban la serena confianza en sí mismo y la noble resignación necesarias para no dejarse poseer de ese odio defensivo contra cualquier superioridad ajena. Cuando mayor era la fama del Cid, menos lo podía soportar a su lado. El «percussit Saul mille et David decem millia» trajo siempre torvas pasiones en el ánimo de los poderosos, condenados por la excelsitud de su cargo a una continua apariencia de superioridad que la realidad no justifica en todo momento. Y tantas veces como Saul, poseído de demoníaca melancolía,

atentó contra David, tantas persiguió Alfonso al Campeador. No fue esta la última» (51).

No parece muy certera la comparación. Pero aún añade Menéndez Pidal otro argumento no probado, que contribuye aún más a hacer mezquina y empequeñecer la figura del Emperador. Considera que lo que desea es invalidar el señorío que habría dado al Cid sobre Valencia, y que quería para sí solo, como intentó al año siguiente.

No aceptamos estas ideas, ni mucho menos la descripción que se hace de la persona del Emperador. Si admitimos como verdadero lo que nos cuenta la *Historia Roderici*, veríamos que el Cid por dos veces consecutivas coloca sus tiendas, delante del Emperador, al revés de los restantes señores que habían acudido en su auxilio. Habrá que pensar que el Cid estaría bien impuesto de los usos de la época, y aunque el escriba de la *Historia* intenta disculparle, constituye ello un gesto de orgullo y altanería, que poco podía contribuir a clarificar sus relaciones con el Emperador. Para obtener el perdón lógico era que se humillase, no que humillase al Emperador.

Si no está claro el comportamiento del Cid con su rey y señor natural, menos lo es aún con los demás soberanos cristianos.

B) El Cid en el destierro

Es bien sabido que el Cid, desterrado, pasó a la corte de los Beni-Hud, al servicio del rey moro de Zaragoza. La *Historia Roderici*, parece insinuar como si antes hubiese intentado establecerse, cosa muy improbable, en la corte barcelonesa: «Ille autem de regno Castelle exiens Barcinonam venit, amicis suis in tristicia relictis. Deinde vero ad Cesaraugustam venit, regnante in ea tunc Almuctadir...» (52). En el *Poema del Cid* se encuentran unas alusiones a este mismo hecho:

961 grandes tuertos me tiene mio Cid el de Vivar;
dentro en mi cort tuerto me tovo grand,
firiom'el sobrino, nom' lo enmendó más.

De estas simples noticias infiere Menéndez Pidal: «De aquí se desprende que un sobrino de Berenguer, con cualquier insolencia muchachil, desató la cólera del Campeador, y que éste se apartó enemistado de la corte condal. Tal noticia debemos aceptarla como suceso verdadero, pues el juglar se muestra bien enterado no sólo al conocer la breve visita del Cid

(51) *ECid.*—I, pág. 404.

(52) *Historia Roderici.*—Fol. 76v. 77r.

a Barcelona, sino al añadir la notable y singularísima circunstancia histórica de figurar al lado del conde un sobrino y no un hijo, como la libre invención poética hubiera preferido» (53). Nosotros vemos en todo ello un tímido intento del autor de la *Historia Roderici*, por justificar al Cid, y dejar un poco en el misterio los motivos que indujeron al Cid a ponerse al servicio del rey moro de Zaragoza, y no de un soberano cristiano, como era de esperar.

Durante este tiempo, el Cid sostendrá diversos combates con los príncipes cristianos, empeñados en abrir brecha en la frontera septentrional musulmana, y proseguir de ese modo la empresa de la Reconquista.

La primera derrota del conde de Barcelona, aconteció en el sitio de Almenar (1082). Localidad a la que habían puesto cerco los ejércitos reunidos de Alhayib rey de Lérida, y Berenguer de Barcelona, asistido por casi todos los condes catalanes, exceptuado el de Pallars. El Cid exigió que levantaran el cerco de Almenar, y al negarse, les atacó juntamente con Mutamin rey de Zaragoza, vencéndolos y cogiendo prisioneros a numerosos nobles catalanes, y entre ellos al mismo Conde de Barcelona, Berenguer. «A todos los llevó el Campeador al castillo de Tamarite, entregándoles a Mutamin, pero al cabo de cinco días los dejó volver libres» (54).

Al año siguiente se lanzaba el Cid a guerrear por tierras de Aragón y Morella (1083-4). Primeramente realizó una cabalgada con Mutamin por tierras aragonesas, al cabo de cinco días se volvió al castillo de Monzón, sin que Sancho Ramírez se atreviese a oponérsele o resistir. Posteriormente el Cid corre las tierras de Morella, tierras bajo el dominio de Alhayib rey de Lérida. Alhayib visitó a Sancho Ramírez para exponerle el peligro en que se hallaban y ambos caudillos se aliaron contra el Cid. Requirieron al Cid para que se alejase de las tierras de Alahyib y al negarse el héroe castellano, lo atacaron. El Cid los venció a ambos, persiguiéndoles en su retirada, y aunque los dos príncipes lograron escapar, sin embargo gran número de caballeros y señores principalmente aragoneses cayeron prisioneros: «inter quos captos fuit videlicet episcopus Reymundus Dalmatii, et comes Sanctius Sanctii de Pampilona, et comes Nunnus de Portugale, et Gustedio Guntadiz, et Nunnus Suaris de Leone, et Anaya Suarii de Galletia, et Caluet, et Ennecus S(an)ggiz de Montecluso, et Symon Garciaz de Boil, et Pepinus Acenariz, et Garsia Acenariz frater eius, et Flayn Petriz de Pampilonia, nepos comitis Sanctii, et Fortunius Garsie de

(53) *ECid.*—I, 288.

(54) *ECid.*—I, pág. 288.

(55) *Historia Roderici.*—Fol. 79r., v.

Cf. mi estudio: *Problemas y cuestiones de la Sede de Roda hasta su traslado a Lérida.*—Op. cit.

Aragone, et Sanctius Garsie de Alcaraz, et Blasius Garsie maiordomus regis; inter quos fuit etiam Garsia Didaci de Castilla» (55).

Hacia 1089 el Cid se acercó a las tierras levantinas. Por aquel entonces los ejércitos de Berenguer estaban sobre Valencia con ánimo de conquistarla y con tal motivo asolaban y devastaban sus comarcas. Cuenta la *Historia Roderici* que el Cid en aquel tiempo se hallaba en Castilla. El rey Alfonso VI había reunido una gran hueste y había marchado a correr las tierras de Andalucía, parece lógico que el Cid se hubiera unido a su señor y le hubiera acompañado en su expedición a Andalucía, por el contrario, por motivos que no se aclaran, el Cid reunió también su ejército y marchó a hacer la guerra por su cuenta; atravesó el Duero, bajó por Tuel sometiéndolo a Albarracín, y de allí pasó como hemos dicho a las tierras de Levante, donde se encontró frente a los ejércitos de Berenguer, por razón natural más directamente interesados en esta región que el Cid. La llegada del héroe castellano provocó la retirada del conde catalán, a pesar de las instancias de sus barones de que no temiera al Cid y presentase combate. Sin embargo Berenguer por miedo a una nueva derrota ordenó la retirada. Tampoco el Cid se atrevió a atacar a Berenguer por su consanguinidad con el Emperador y temeroso en este caso de las iras de éste. Y así fue que sin combate y por su sola presencia, le quedó el campo libre, y esta sería la primera vez que el Cid se presentó a la vista de Valencia: «Eodem nimirum tempore comes barcinonensis, Berengarius nomine, cum omni suo exercitu iacebat super Valentiam et debellabat eam, faciebatque Cebollam et Liriam contra eam. Ut autem audivit comes Berengarius quod Rodericus Campi doctus contra illum se appropinquauerat, pauore nimio perterritus est; adversarii enim erant ambo invicem.

Milites vero comitis Berengarii ceperunt tunc se glorificando multa maledicta et multas derisiones diridendo illum de Roderico dicere, et multis minis sibi captivum et carceratum et mortem minari, quod postea supplere non potuerunt. Hoc autem dictum pervenit ad aures eius. Rodericus autem, timens dominum suum regem Aldefonsum, noluit pugnare cum comite, quia, eius consanguineus erat. Comes autem Berengarius, pauore perterritus, reliquit in pace Valentiam...» (56).

Un año más tarde, sin embargo, debía trabarse un nuevo combate entre el Cid y Berenguer. La causa era que el Cid se quedó merodeando y hostigando aquellas tierras sujetas en gran parte a los dominios del rey de Lérida, Alhayib, quien impotente para resistir con sus solas fuerzas al Cid, buscó la alianza de Sancho de Aragón, Armengol de Urgel y del Conde Berenguer de Barcelona. Los dos primeros se negaron, pero Be-

(56) *Historia Roderici*.—Fol. 80r.

renguer aceptó la alianza, y se dispuso a reunir un ejército, para expulsar de aquellas tierras al Campeador. Berenguer hizo las paces con el rey de Zaragoza Almuhacen, y antes de atacar a Rodrigo intentaron ganar para su causa la ayuda de Alfonso VI, pero sus intentos fueron rechazados por el Emperador, demostrando una vez más su grandeza de ánimo, máxime cuando su vasallo unos meses antes no había acudido a su auxilio, como le instó, para levantar el sitio de Aledo. Berenguer, sin embargo, con su ejército se dispuso a lanzarse contra el Cid, antes según la *Historia Roderici*, se cruzaron unas fantásticas cartas entre ambos contendientes, sin visos de verosimilitud. Se dio finalmente la batalla, al parecer en los pinares de Tévar, y en ella, mediante una hábil estratagema, consiguió el Cid la victoria (1090). Por segunda vez fue aprisionado Berenguer juntamente con numerosos caballeros catalanes, que se vieron obligados a pagar un cuantioso rescate. Esta batalla tuvo un significado trascendental para los destinos de España, y para la política de los condes de Barcelona, y que nos aclararía el empeño y los combates de Berenguer para expulsar al Cid de estas tierras. El hecho era que Berenguer tenía bajo su protectorado estas tierras de Levante, y quedaban englobadas en sus planes de reconquista. Con la pérdida de esta batalla Berenguer repasaba el Ebro, y cedía definitivamente al Cid sus derechos a las tierras de Valencia, quien viviendo aislado y haciendo la guerra por cuenta propia, no era la persona indicada para la reconquista y repoblación de Valencia. Con ello el Cid, cuyo efímero imperio se derrumbó tras su muerte, ocasionaba un retraso secular, en la empresa de la reconquista, al impedir el dominio y repoblación de estas tierras por las gentes del NE. hispano, quienes por razón natural eran los más aptos y capacitados para ello, como así realmente sucedió, según ha demostrado posteriormente el curso de la Historia. Por la *Historia Roderici* vemos que el intermediario de tal paz fue el rey moro de Zaragoza, más interesado que el propio Cid en la retirada de Berenguer: «Nuntii vero ad Cesaraugustam continuo revertentes, Rodericum suum velle esse amicum et cum eo pacem habiturum, comiti Berengario et suis nobilibus diligenter retulerunt. Quo audito, comes et sui nimium gavisii sunt.

Tunc comes, egressus de Cesaraugusta, ad Rodericum et ad sua castra statim venit, ibique amicitia et pax inter utrumque amicabiliter instituta dinoscitur. Comes autem Yspanie partem quandam suo imperio subditam in protectione et in manu Roderici tunc posuit; pariter itaque ambo ad loca maritima sibi proxima ilico descendunt. Rodericus quippe metatus est castra sua in Burriana; Berengarius autem recedens a Roderico transiit Albernum Ibrí, et in terra sua est regressus» (57).

(57) *Historia Roderici*.—Fol. 87r.

A principios de 1092, recibe el Cid un mensajero del rey Mostain, de Zaragoza pidiéndole acudiese en su socorro, e indicándole la fuerte amenaza que pesaba sobre él por parte del monarca aragonés Sancho Ramírez. La ayuda del Cid no se hizo esperar: marchó sobre Zaragoza, afianzando la posición del rey moro. Sancho Ramírez, juntamente con su hijo Pedro habían reunido un gran ejército y se colocaron amenazadoramente frente al del Cid. Pero la diferencia no se dirimió en una gran batalla, sino que se firmó la paz. Y luego por intermedio del Cid firmó también Sancho las paces con Mostain, librándose así éste de la gran amenaza, y regresando Sancho de nuevo a sus bases de partida al Alto Aragón. Menéndez Pidal descubre en este hecho una prueba de la sagacidad diplomática del Cid, que hacía que cristianos y musulmanes hicieran las paces frente al peligro almoravide. Ello no deja de ser una presunción del ilustre historiador, pues la *Historia Roderici*, no dice nada sobre el particular, sino al contrario que el Cid, después de esta hazaña, se quedó a vivir de nuevo una larga temporada en Zaragoza.

La realidad es que el Cid afianzó una vez más al rey moro «valde coactum et oppressum» y libró a Zaragoza, en inminente trance de caer, de manos de los soberanos aragoneses, que por su índole eran los señores más indicados, para llevar a cabo la reconquista de la ciudad —reconquista que fue llevada a cabo pocos años después de la muerte del Cid—: «Tunc autem Rodericus iam cum exercitu suo ad Cesaraugustam puenit, ibique alueum transiuit, atque castra sua in loco qui dicitur Fraga fixit.

Quo audito, rex Sanctius aragonensis una cum filio suo Petro rege inmensum exercitum congregari precepit. Congregato itaque exercitu, tentoria sua in loco qui dicitur Gorreia figere protinus iussit. Rex autem et filius eius tunc miserunt ad Rodericum legatos pacificos, amoris et pacis legationem ferentes. Quo audito et cognito, Rodericus eos honorifice et hylari uultu recepit, et cum rege Sanctio et cum filio eius pacem et amorem omnino se uelle habere eisdem respondit. Suos quoque muntios, qui hec verba pacem significantia regi et filio eius narrarent, eis continuo direxit. Rex autem Sanctius et filius eius et Rodericus videntes se insimul et amorem et pacem inter se habendam indissolubili laqueo firmissime instituerunt.

Roderici quoque amore et prece, (et) Sanctius rex cum Almuzahen pacem confirmauit; pacificatus est itaque cum eo amicabiliter, Roderico mediante et operante.

Hoc autem peracto, ad terram suam Sanctius rex continuo rediit. Ro-

dericus uero in Cesaraugusta apud regem Almuzahen in maximo honore diebus permansit non paucis» (58).

El Cid pasó pues una larga temporada vegetando en Zaragoza, usemos las propias palabras de Menéndez Pidal: «Rodrigo permaneció en Zaragoza, honrado por Mostain, arreglando las cosas de aquel reino, hasta que de sus trabajos organizadores le vino a sacar una amenaza que no venía, por cierto, de parte de los almoravides» (59). Veamos cuál era esta nueva amenaza, en opinión del ilustre historiador.

A mediados de 1092, convocó Alfonso VI una gran hueste, a ella acudieron también con sus ejércitos el monarca aragonés y el conde de Barcelona, también iban a contar con la asistencia de las naves de Génova y de Pisa. Fue un gran ejército reunido y una especie de gran cruzada nacional, que se dirigió con ánimos de tomar Valencia y resolver de una vez y para siempre el problema de todo el Levante hispano. Las circunstancias, sin embargo, les fueron adversas. Las naves italianas tardaron en llegar más de lo previsto, mientras los sitiados en situación desesperada resistían como podían, parece por otra parte que Alfonso se encontró falto de provisiones y por estas causas y otras no del todo conocidas, levantaron el sitio de la ciudad, cuando Valencia estaba a punto de rendirse. No menor motivo sería también, que en aquella histórica circunstancia, cuando toda la nación se había dado cita ante los muros de Valencia, el Cid, impulsado por sentimientos y motivos particulares, entraba por las tierras del rey en la Rioja, y las devastaba de la forma más cruel e inmisericorde. La misma *Historia Roderici*, siempre tan favorable al Cid, no vacila en calificar aquella asolación llevada a cabo por el caudillo castellano y sus gentes de «Dira atque impia depredatione»: «Tunc autem uiriliter debellando, et Aluerith et Lucronium cepit. Ingentem nimirum atque mestabilem et ualde lacrimabilem predam, et dirum atque impium atque uastum irremediabili flamma incendium per omnes terras illas seuissim(e) et inmisericorditer fecit. Dira itaque impia depredatione omnem terram pefatam deuastauit et destruxit, eiusque diuitiis et pecuniis atque omnibus eius spoliis eam omnino denudauit, et penes se cuncta habuit. Egr diens itaque de loco illo, cum ingenti militia peruenit ad castra qui dicitur Alfarum, quod uiriliter debellauit et ilico cepit» (60).

Esta acción y acto incalificable y más en aquel momento histórico, lo justifica Menéndez Pidal como una venganza del Cid, al sentirse afrentado por el Emperador, pues éste entraba a conquistar y pedir parias a

(58) *Historia Roderici*.—Fol. 88v.

(59) *ECid*.—I, pág. 416.

(60) *Historia Roderici*.—Fol. 89r.

unas tierras que antes le había cedido (61). No son claros motivos, pero en todo caso, la represión del Cid está fuera de toda justicia y razón. La *Historia Roderici*, que por otra parte no indica para nada el sitio de Valencia por Alfonso VI, señala como causa determinante el odio profundo que alimentaba el Cid contra su enemigo jurado el conde García Ordóñez, que detentaba dichas tierras. «Calagurre namque et omni regioni quam Rodericus depredatus fuerat, per manum regis Aldefonsi Garsias comes Roderici inimicus tunc dominabatur. Propter comitis inimicitiam et propter eius dedecus, pefatam terram Rodericus flamma ignis incendit, eamque fere des'ruxit atque deuastauit.

Rodericus autem audiens, ut dictum est, quod eius pauore comes cum gente sua iam repatriauerat, et Aluerith sine milite desertum reliquerat, egressus cum exercitu suo de Alfaro ad Cesaraugustam peruenit» (62).

Se podrá discutir la causa, pero es indudable que en esta hora gloriosa de la nación hispana, el Cid volvía la espalda una vez más a los ideales cristianos de la reconquista.

Tras devastar La Rioja, regresó el Cid a Zaragoza, donde vivió una larga temporada, en medio de grandes honores: «Ibidem uero multis diebus inuenso honore permansit, omnisque terre illius uindemias que non erant subdita imperio Almuzahen, ad opus suum collegit atque uindemiauit» (63).

C) La conquista de Valencia

La conquista de la rica villa levantina, constituye uno de los puntos más difíciles y discutibles de la historiografía cidiana. Para el esclarecimiento de este suceso nos apoyaremos principalmente en la *Primera Crónica General*, que se basa esencialmente en la versión de Ben Alqama.

En octubre de 1092 se levantaba Ben Yehhaf contra el visir del Cid, Ben Alfaray y el rey Alcadir, protegido asimismo del Campeador. Entre el 28 y 29 era degollado secretamente el soberano musulmán. Ben Yehhaf se erigía en señor único de Valencia, con gran alegría de las gentes de esta ciudad. El Cid por aquel entonces se encontraba descansando en Zaragoza.

A fines de 1092 se dirige Rodrigo Díaz de Vivar a tierras de Levante y se planta frente al poyo de Yuballa, donde se le presentan los huidos de Valencia. Ben Yehhaf por su parte había dado entrada a los almoravides

(61) *ECid*.—Pág. 416 y sgtes.

(62) *Historia Roderici*.—Fol. 89v.

(63) *Historia Roderici*.—Fol. 89v.

y se apoyaba en éstos y en el fuerte partido de sus seguidores en la ciudad.

A mi modo de ver no son claros los motivos que movieron a las huestes del Cid a presentarse sobre Valencia. Se acepta comúnmente que iba a vengar a Alcadir, soberano que fue de Valencia y tributario del Campeador. Aducimos aquí un párrafo del «Bayan» de Ibn Idari —párrafo que coincide casi exactamente con la exposición de la *Primera Crónica General*— que puede sernos de gran ayuda para precisar las causas: «Rodrigo el Campeador escribió al citado Ibn Yahhaf, felicitándoles por tales sucesos; ponderándole la bella acción que acababa de inscribir en su haber, durante su penitencia de ramadán, con haber dado muerte a su soberano, y pidiéndole la entrega del trigo de su propiedad que se encontraba en sus graneros de Valencia. Respondióle Ibn Yahhaf que la ciudad era del Príncipe de los Musulmanes, y que sus hombres habían saqueado los graneros. Entonces el Campeador le replicó con una carta, en la cual juraba con sus más solemnes juramentos que no había de moverse delante de Valencia sin haberse hecho con él y vengado en su persona la muerte de Al-Qadir. Y, al punto, envió mensajeros a las fortalezas vecinas, pidiendo víveres, que le fueren facilitados por quienes temían su crueldad, con lo cual afluyeron las provisiones a su real» (64).

De ello se infiere, en mi opinión, que el motivo principal estribaba, en que el Cid ejercía una especie de protectorado sobre Alcadir, en un régimen de parias, por el que el Cid percibiría ricas ganancias, y ahora se presentaba ante Valencia, al reclamar al nuevo señor de la ciudad, el tributo correspondiente. Al serle negado el trigo solicitado, es entonces cuando el héroe castellano promete vengar a Alcadir e inicia el sitio en regla de la ciudad. Ello no será obstáculo para que el Cid posteriormente entre en tratos y cierre un pacto con Ben Yehhaf.

Las incursiones del Cid se hicieron pues cada vez más frecuentes, con grave daño y desolación para la feraz huerta levantina. Por otra parte los almoravides le iban resultando a Ben Yehhaf unos huéspedes incómodos, entonces se llegó ya por mutuo interés a un primer acuerdo entre éste y el Cid. Dice a este respecto la *Primera Crónica General*: «Et Valencia era aun entonces en poder de los almorauides. Et murieron en estas fazendas que auen con el Cit et con la su companna muchos caballeros de los de Valencia et de los almorauides. Et el Cid punnaua quanto podía por les almorauides sacar de Valencia; et quando sopo que estaua mal Abeniaf con los almorauides et con los filios de Aboegib et que auie entre ellos grant desabennencia, busco manera que ouiesse su amor con el en su

(64) Cf. LEVI-PROVENZAL.—*La toma de Valencia por el Cid*.—Op. cit. pág. 131.

poridat, et enbiol dezir: que si el querie seer sennor de Valencia et quel ayudasse el con quanto poder auie, assy commo solie fazer al rey de Valencia, dixol que catasse carrera por o echasse los almorauides de la uilla; et si aquello fiziesse, que serie rey et sennor de Valencia et el quel ayudarle, assi como fazie al rey de Valencia; et dixol que bien sabia el en como siempre fuera leal al rey de Valencia, et quel ayudara siempre contra quantos le controlauan. Et esto plogo a Abeniaf, et consesiosse con Abenalfar, aquel que el tenie en prisión que fuera alguazil del rey et del Cid assy como es ya dicho.

Abenalfarax quando vio que Abeniaf lo auie a coraçon, conseiol que lo fiziesse, ca era muy bien conseiado en su amor auer con el Cid. Et Abeniaf enbio dezir al Cid que quería auer su amor. Entonce començo Abeniaf de menguar la despensa que daua a los almorauides et a los caulleros, et dizie que non lo podie complir nin sabia donde lo pudiesse auer; esto fazie por que se fuessen ende los almorauides, ca asaz auie de que lo compliesse» (65).

Finalmente, después que el Cid ganó Alcudia, y puso en aprieto a Valencia y a los almoravides, las gentes de Valencia se mostraron dispuestas a avenirse con el Cid y de este modo echar a los almoravides de la ciudad. Estos accedieron gustosos a marcharse de la ciudad y aun el Cid les dio caballeros de escolta para su mayor seguridad. En tanto el Campeador aprovecha la ocasión para imponer nuevas condiciones: «Et enbiaron dezir al Cid que se querian abenir con el. Et el dixo que farie quanto ellos touiessen por bien, en tal que echassen los almorauides de la villa, ca en otra manera nunca auría tregua nin pleito con el. Et los de la villa dixieron a los almorauides lo que el Cid les enbiaua dezir; et ello tanto estauan enoiados que lo touieron por bien, et dixieron que se querien yr, et que nunca tan bon dia vieran. Et tornaron con este mensaie los almorauides de la villa, et que los fiziesse levar saluo, et que diesse Abeniaf al Cid quanto ualie el pan que tenia en Valencia quando matara al rey; et aquella renta que el solie auer ende, cada mes mill marauedis, que gelo diesse todo desde quando començara la guerra fasta entonces et dende adelante que gelo diessen otrossí; et aquel arraual del Alcudia que el se ganara, que se fuesse suyo; et el que touiesse su hueste en Juba la mientre que el fincasse en aquella tierra. Et sobresta postura firmaron sus cartas. Desi salieron los almorauides de Valencia; et el Cid escurriolos, et dioles caualleros que fuessen con ellos et que los pusiessen en saluo; et fincaron los moros en paz» (66).

(65) *Primera Crónica General*.—II, fol. 569-570.

(66) *Primera Crónica General*.—II, fol. 571.

Ben Yehhaf procuró cumplir pagando religiosamente su tributo al Cid: «Et Abeniaf busco manera commo pudiesse pagar aquel auer que auie de dar al Cid, et puso su postura con los de los castiellos que eran en termino de Valencia quel diessen el diezmo del fructo todo de la tierra et de la otras rentas» (67).

Por aquel entonces corrió la noticia de que se acercaba un ejército almoravide, el Cid que no deseaba tal cosa procuró ganarse el ánimo de Ben Yehhaf para que se mantuviera firme contra ellos, cosa que gustosamente hizo éste poniéndose de acuerdo además con sus adelantados de Játiva y Coruera: «Et entre tanto vino mandado que la hueste de los almorauides que se uenien pora Valencia en todo, et que non se detenien fueras por que dubdaua el rey dellos de venir. Et otrossí el Cid estaua en grant pensamiento commo podrie guisar que destorbasse que non uiniessen y, o ellos si viniessen; et enbio sus mandaderos en poridat a Abeniaf que destorbasse que non viniessen los almorauides, et quel conseiaua que los non acogiesse, ca si vienessen y se apoderassen en la villa non serie el sennor della, et que mas le vadrie que fuesse el sennor della et quel ayudarie contra todos aquellos que mal le quisiessen fazer. Et esto plogo mucho a Abeniaf. Et Abeniaf ouo su fabla con el adelantado que tiene Xatiua et con otro que tenie el castiello que dizien Coruera, et juraronse que fuesen con el, et que se ayudarien a quequier que les abeniesse et les acaeciesse; et vinieron a Valencia, et firmaron y su amor et su pleito con grant poridad» (68).

Esta circunstancia fue también aprovechada para estrechar más sus exigencias y ganarse concesiones sobre Valencia. Entre tanto pidió el Cid que se le cediese una huerta o palacio que había sido residencia del rey Abdelazis. Ben Alcaama apunta el pretexto de que el Cid con ello quería demostrar a los almoravides que estaba en conveniencia con los de Valencia, pero en realidad era una posición estratégica peligrosa para la ciudad, y así lo comprendió el mismo Cid que no quiso entrar el mismo día, esperando la reacción de los de la ciudad. Reacción que no tardó en llegar, derribando a Ben Yehhaf y alzándose el bando africano con los Beni Ueyib, que se apoderaron de la ciudad y que con ayuda de la hueste almoravide, que esperaban de un día a otro, pensaban rechazar definitivamente al Cid.

«Después desto demando el Cid a Abeniaf quel diesse una huerta que era cerca Valencia, que fuera de Abenabdalhazis, por deportarsse y algunos días con poca companna de la suya, et la otra su companna que está

(67) *Primera Crónica General.*—II, fol. 572.

(68) *Primera Crónica General.*—II, 572.

ria en un lugar que dizen Rēosa. Et esto fazie el Cid por que quando lo oyessen los almorauides que entendiessen que mayor sabor auie de su companna que dellos. et que touiessen que por abenencia de los de la villa le dieran aquel lugar en que estudiessse cerca dellos. Et todo esto fazie por destoruar que non viniessen los almorauides. Et Abeniaf dixo que gela darie. Et el Cid ouo su acuerdo de non entrar en aquella huerta fasta quel abriessen una puerta de parte de un lugar quel dizen el Quexigar, ca aquella huerta auie la entrada por unos lugares estrechos et por unas calles muy angostas, et el Cid non se querie meter por aquellas estrechuras... Et la detenencia que el Cid fizo por que non quiso venir fue por veer lo que d'rian los de la villa, et si se quexarian por ello. Et assy fue que se quexaron ende mucho los fijos de Abuegib et todo el pueblo, et quisieronse alçar contra Abeniaf; mas non osaron por miedo del Cid, nin querian auer mas desamor con el de lo que auian, por miedo que los astragarie quando auien fuera de la villa» (69).

Se acercaron los almoravides pero aconteció una gran tormenta de forma que contrariados por tanta lluvia, los almoravides regresaron de nuevo a los lugares de donde habían venido. Entonces aprovechó el Cid la coyuntura favorable para poner estrecho cerco a Valencia, y por este motivo los valencianos por la dificultad de su situación, acordaron acudir de nuevo a Ben Yahhaf, para que les sacase de aquel gran apuro. Pero éste antes de aceptar otra vez el mando, pensó aconsejarse con el Campeador a este respecto, y nos cuenta el historiador arábigo la forma de proceder del Cid: «Et antes, quando atendien la venida de los almorauides, el Cid recelauase de su venida, et por esto ouo su amor con este Abeniaf et prometioli quel aiudarie; despues que fue seguro que non vernien los almorauides, dixol que si queria que fuesse su amigo et quel ayudasse, que punnasse de echar de la villa los fijos de Aboegib et a aquellos que se tenien con ellos, porque se touieran con los almorauides: et quando aquellos fuessen fuera de la villa, que se guyarien todos por el mas, et que farien quanto el quisiesse. Quando uio Abeniaf que esto le conseiua el Cid et que todos los de la villa le rescebien por su adelantado, dixoles quel fiziessen ende carta commol rescibien por sennor, et que escriuiessen todos los mayoralles de la villa y sus nombres» (70).

Por consejo del Cid, los de Valencia dieron el gobierno a Ben Yehhaf, y por orden y consejo del mismo Cid, prendió éste a los Ben Ueyib que habían sido los fautores de la resistencia y jefes del partido almoravide. quienes sacados ocultamente, fueron entregados al Cid. Esto lo tomaron

(69) *Primera Crónica General.*—II, 573.

(70) *Primera Crónica General.*—II, 579.

muy mal los valencianos: «Et fueron presos todos los parientes de Aboegib, et touieronlos todo el día en prisión, et quando fue a la noche leuaronles al Cid a la bastida del Alcudia o posaua et metieronles en su poder. Et quando fue otro dia mannana, fue y grant el roydo en la gente de la villa, et ouyeron todos grant pesar por este fecho tan malo et tan feo» (71).

Cumplidos ya los acuerdos y lo que le había ordenado el Cid, se creyó Ben Yehhaf no sin razón que podía salir a saludar al guerrero Castellano, y seguramente recibir también el premio de su lealtad. El Cid, efectivamente, le recibió con grandes muestras de alegría y honra, pero a poco se vio que el Cid no lo hacía por la persona, sino preso por la codicia, en espera que dicho Ben Yehhaf le trajera buena cantidad de dineros y tesoros. En vista que así no fue, montó el Cid en cólera y empezó a increparle y a gravarle con nuevas obligaciones. El Cid le mandó que impusiese su almojarife para recaudar los tributos de la ciudad, es decir, que quería quedarse con las rentas de la misma, y por ser tan fuerte la nueva imposición, le ordenó asimismo que le entregase a su hijo como rehén y como garantía de cumplimiento de las órdenes. A todo esto se presó Ben Yehhaf, que otra cosa no podía hacer: «Quando Abeniaf vio que auie acabado su voluntad et lo que quisiera, sallio a la glera cabo de la puente a veerse con el Cid; et salliol a rescebir el obispo con conpanna de caualleros, et yuan y de los mayoresales de la conpanna del Cid, et fallegante et onrrauante mucho, cuydando que les darie algo. Et otrassi el Cid tenie que nol vernie veer Abeniaf con sus manos vazias, et quel darie daquel auer et daquellas abtezas et noblezas que ouiera del rey de Valencia quando matara. Et Abeniaf con aquella conpanna qual saliera a rescebir vinieron a la posada del Cid, a la huerta que dicen de la Villa Nueva. Et el Cid saliol a rescebir a la puerta de la villa, et fizol semeiança quel querie tener el estribera, et abraçol et falagol et assessegol et enbiol muchos presentes et nobles. Et desi ouieron sus fablas en sus poridades; et la primera cosa que el Cid dixo a Abeniaf fue que tolliesse un capiello que tenie en la cabeça, et que vestiesse uestidos de rey. ca rey era; et estidieron fablando una pieça. Et el Cid estaua oteando sil traye alguna cosa de lo que el cuydaua, o sil darie algo por fazer lo que el quissiesse; et quando uio que venie sus manos vazias sin auer ninguno, començol el Cid a mostrar los pleitos que querie quel fiziesse si querie auer su amor, et dixol que si querie auer su amor con el, que se partiesse de todas sus rentas de la villa, tambien de las de dentro de las de

(71) *Primera Crónica General*.—II, 580.

fuera; et que pusiesse el Cid su almoixerit que ouiesse de veer todas las cosas suyas, et que morasse en la villa por recabdarlas. Et Abeniaf dixo que lo farie. Et el Cid demandol quel diesse su fijo en pennos et quel truiese en Juballa, ca dotra guysa non se asegurarie del; et otorgol que gelo darie. Et partieronse aquel día, et pusieron que viniessen otro día a afirmar este peito con sus cartas de guisa porque fuesse estable. Et despues tornosse Abeniaf a la villa muy triste et muy cuytado; et estonce vio et entendio quanto mal fecho fiziera en echar los almoravides de la tierra et segurarse dotros de otra ley, et tovosse por desesperado de todos bienes del mundo et por engannado por su mal seso. Et quando fue otro día, enbio el Cid por el, que viniessen et que afirmarian aquel pleito. Abeniaf enbio el dezir que nol darie su fijo si sopiesse que perderie todo el mundo» (72).

Sobre esta relación da Menéndez Pidal una interpretación harto subjetiva: «Tornó Ben Yehhaf para Valencia muy meditativo. Su única política, la de aprovecharse de los dos contendientes como el zorro de aquella fábula recordada por Ben Bassam, se estrellaba ahora contra la resolución del Cid de no dejarse engañar otra vez. No se sentía con fuerzas suficientes para cometer nuevos engaños» (73). Explicación que a mi entender no corresponde con la realidad, porque es bien notorio que aquí, quien no cumple lo pactado, es precisamente el mismo Cid. Y en cuanto lo de aprovecharse de los dos contendientes como el zorro de la fábula, en esto es un maestro el héroe castellano. El Campeador ahora va a promover la guerra contra Ben Yehhaf so pretexto de no haber querido aceptar sus condiciones y al mismo tiempo va a honrar y a colmar de honores a los Beni Ueyib, precisamente a los que antes había mandado detener. Por medio de otro Beni Ueyib allegado de éstos y faquir en el interior de la ciudad, urdirá el Cid una conspiración con ánimo de derribar a Ben Yehhaf. El Cid le prometía, como siempre que lo haría dueño de Valencia, y que su señorío alcanzaría hasta Denia: «et prometiolo quel faria sennor de Valencia et que fuesse su sennorio fasta Denia» (74).

La conjuración abortó con la consiguiente muerte de este Beni Ueyib y sus conjurados. Tras este suceso el Cid apremió más a Valencia, pero los de la ciudad se defendían bien, de manera que en un ataque pusieron en serio aprieto al Cid, que a punto estuvo de caer prisionero o de perecer.

Entonces el Cid se determinó a sitiar en regla a la ciudad, y conse-

(72) *Primera Crónica General.*—II, 581.

(73) *ECid.*—I, pág. 471.

(74) *Primera Crónica General.*—II, 584.

guirla por hambre. Con este motivo mandó pregonar, que nadie saliese de la ciudad, de lo contrario, ordenaría quemarle vivo. Pero los infelices sitiados, impelidos por la necesidad y el hambre, se veían obligados a salir en busca de sustento, y entonces el Cid no dejaba de cumplir su promesa, quemándolos vivos, o dejándolos despedazar por los perros. Sólo se salvaban aquellos de los que el Cid no tenía de ellos conocimiento, pero entonces cogidos por sus soldados, eran considerados como botín efectivo, y enviábanlos por mar a vender, no mejorando mucho con esto su suerte: «Et touo que la mayor guerra que les podría fazer sería en dexarlos morir de fambre; et mando echar pregon de guysa que lo oyessen los moros que estauan en el muro; que quantos moros vinieran de la villa, que se tornassen alla; sinon, que a quantos pudiessen fallar, que los mandarie quemar, et que non salliesse dalli adelante ninguno. Mas por esto non dexauan de salir, et derribauanse del muro et prendienlos los cristianos a escuso del Cid. Et aquel que el Cid podie fallar que salie de la villa, mandaua quemar ante todo el pueblo en lugar o lo viessen los moros; et quemo en un dia XVII dellos. Et echaua otros a los perros que los despedaçauan biuos. Et daquellos que escondien los omnes que non sabie el Cid dellos, enbiauanlos por mar a tierra de cristianos a vender; et los mas que enbiauan eran moços et moças, ca los otros non los querien; et tienien consigo muchas moças virgines» (75).

Haciéndose a situación de día en día más inaguantable, Ben Yehhaf decidió capitular, y tras arduas negociaciones con el Cid, alcanzóse un acuerdo. En primer lugar Ben Yehhaf podría solicitar socorro de los reyes de Murcia y Zaragoza y si este socorro no llegaba en el término de quince días, quedaba la ciudad para el Cid, pero bajo las siguientes condiciones: que Ben Yehhaf conservaría su puesto de cadí de la ciudad, con sus riquezas, sus mujeres y sus hijos, pero no administraría las rentas de la villa, de las que sería almojarife Ben Abduz, que ya lo era del Cid, y que por otra parte ya administraba las rentas de la Alcudia, mientras visir de la ciudad sería otro moro llamado Muza, que había gozado siempre la confianza del Cid, ya desde los días del rey Alcadir.

«Abeniaf enbio tres omnes buenos con aqueste almoxerif del Cid para confirmar el pleito que pusieran; et era la postura entrellos atal que enbiassen los de Valencia sus mandaderos al rey de Caragoça, et al rey de Murcia que era sennor de los almorauides, quel dizien Abenaxa, que los viniessen acorreer fasta quinze dias; et si fasta los quinze dias non viniessen acorrerlos, que diessen la villa al Cid por tal pleito que fincasse

(75) *Primera Crónica General*.—II, 586.

Abeniaf poderoso en la villa, assy commo estaua ante, seguro de su cuerpo et de sus averes et de sus fijos et de sus mugeres; et que fuesse veedor de las rentas de la villa un moro que avie nombre Muça, ca este Muça auie de veer todas sus cosas del Cid en tiempo del rey de Valencia, et después que el rey fue muerto nunca se quito del Cid, et fizieral del Cid alcayat de un castiello et fallol siempre leal, et por esto querie que touiesse este las puertas de la villa et que fuesse guardador dellas con los almoçaraues et con peones cristianos de los almoçaraues que eran criados en tierra de moros; et que fuesse su morada del Cid en Juballa, aquella puebla que el fiziera, et que non los mudasse ninguna cosa de sus fueros segunt solien aver, nin en medidas nin en rentas nin en moneda» (76).

Expiraba ya el plazo y todavía no habían regresado los enviados y por esta causa amenazaba el Cid con romper lo pactado pues pasaba ya un día del término fijado, fue entonces, cuando salió Ben Yehhaf a signar el acuerdo, en presencia de numerosos señores moros y cristianos, y entregando de ese modo la ciudad. A eso del mediodía y conforme lo estipulado, abrieron al Cid las puertas de Valencia: «El otrossi el Cid enbiolos dezir con grandes iuras que si un poco pasasse despues del plazo que non era tenuto de guardar lo que pusiera con ellos. Desi sallieron a aquel que troxiera la pleitesia con el Cid, et fizoles pleito que non se toldrie daquello que pusiera con ellos. Et sallio Abeniaf aquel dia del plazo pora confirmar el pleito con el, et fizieron sus cartas, et fueron ende firmes los mayores de los cristianos et otrossi de los moros, et fue el pleito firmado con las posturas que desuso diximos. Et tornosse Abeniaf pora la villa, et abrieron la puerta al ora del medio dia...» (77).

El pacto era benevolente con los valencianos, y las condiciones no eran onerosas, en especial para Ben Yehhaf, pero todo ello no era más que una farsa, para conseguir la ciudad, pues, como se verá, el Cid no estaba dispuesto de ningún modo a cumplir lo pactado. Menéndez Pidal intenta exulpar una vez más al héroe castellano, tergiversando el acuerdo: «Al otro día por la mañana, salió Ben Yehhaf con muchos de la villa y se formalizó el acta de capitulación o entrega, firmada por los hombres principales de las dos religiones, cristianos y musulmanes. Las condiciones esenciales fueron que los vecinos obtuviessen el amán para ellos y para sus bienes, y que Ben Yehhaf entregase al Campeador todas las riquezas» (78). Nada menos cierto, el historiador árabe no menciona en

(76) *Primera Crónica General*.—II, 587.

(77) *Primera Crónica General*.—II, 587.

(78) *ECid*.—I, 484.

parte alguna, que Ben Yehhaf tenía que entregar las riquezas de Alca-dir. El pacto firmado en el sentido anteriormente expresado de que Ben Yehraf conservaría sus riquezas y su cargo en la ciudad y que se nombraría un almojarife del Cid para recaudar las contribuciones. La responsabilidad de incumplir lo pactado, corresponde única y exclusivamente al Cid, quizás habríamos de achacarlo más propiamente a la turbia pasión del oro que le dominaba (79). Ya inmediatamente de abrirse las puertas de la ciudad y ante gran número de señores y habitantes que acudieron a rendirle pleitesía, hace ocupar las torres y lugares estratégicos, por sus tropas, ante el asombro de los circunstantes, pues estaba contra lo pactado y haciendo caso omiso de la protesta de Ben Yehhaf: «Et quando abrieron las puertas, estaua Abeniaf de partes de dentro de la villa, con grant companna de la suya et de los de la villa. Et los cristianos assy como yuan entrando, subien a las torres, et Abeniaf dezieles que por que subien tantos, ca non era en su postura; mas non lo dexauan por esso» (80).

Asegurada ya la ciudad, Ben Yehhaf acudió ante el Cid para confirmar lo pactado. Pero éste le recordó enseguida, que la primera vez que le había visitado, se había presentado con las manos vacías, y ya hemos aludido al arrebato de cólera del Cid, cuando se vio sin los ricos presentes esperados. Comprendió Ben Yehhaf el camino que le quedaba, y tomó el consejo de adueñarse de los averes de las gentes que habían especulado y se habían enriquecido con el hambre de la ciudad. Tal medida afectaba especialmente a un grupo de mercaderes de Mallorca, que con motivo del sitio y para sus negocios se habían trasladado a Valencia. Quitóles pues su capital y se lo entregó al Cid, con ánimo de acallar su insaciable codicia.

(79) A este respecto escribe Ben Bassam: «El tirano Rodrigo logró sus vituperables desig-nios con su entrada en Valencia en el año 88 hecha con engaño, según su costumbre; y des-pués de la humillación del kaadhi, que se tenía por el más invencible a causa de su impetu-osidad y soberbia. A su entrada se hizo obediente a sus órdenes, y reconoció la dignidad que le daba la posesión de la ciudad, y contrató con él pactos que, en su concepto, debían guardarse por Rodrigo, pero que no tuvieron larga duración. Ben D'yajaf permaneció con el Campeador poco tiempo, y como a éste le disgustaba su compañía, buscaba el medio de deshacerse de él, hasta que pudo ligarlo, dícese que a causa de un tesoro considerable, de los que habían per-tenecido a Ben Dzin-Nun».

Y en esta apreciación podemos decir que concuerdan todos los historiadores musulmanes. Pensamiento parecido se expresa en el «Bayan» de Ibn Idaci: «Llegados al colmo de la adver-sidad y al extremo límite de la resistencia, y viendo los valencianos que no les llegaba ninguna ayuda, se encontraron en necesidad de entrar en tratos con el enemigo, a la fuerza y mal de su grado. Se reunieron en torno a su cadí Abu-l-Mutarrif ibn Yabhaf y enviaron al Campeador —¡Dios lo maldiga!— una diputación encargada de negociar la concesión del amán. El cristia-no acogió favorablemente su gestión en este sentido, si bien proponiéndose en su fuero interno, usar de perfidia, violar el pacto, y conceder un amán de los que suelen otorgar los jefes im-puros de su jaez. En estas condiciones salió el cadí de Valencia al encuentro del Campeador».

(80) *Primera Crónica General.*—II, 558.

Al cabo de cuatro días mandó pregonar el Cid que se presentaran a él las gentes de la villa. A todos los recibió el Cid afablemente, anunciándoles que podían volver a ocupar libremente sus huertas y heredades, sólo con la condición de que si alguna estaba ocupada pagasen al ocupante el trabajo que en ellas hubiesen realizado. No desaprovechó la ocasión para atacar ante el pueblo reunido a Ben Yehhaf, arguyendo que éste había cometido injusticia, al quitar a algunos de ellos los dineros hechos especulando con el pan, y entregárselos al Cid. No considerándolo de justicia, no había querido aceptar este tal dinero.

Los moros se marcharon maravillados de lo bien que habían sido tratados por el Cid, pero consistía todo en palabras más o menos halagüeñas, que Rodrigo Díaz de ningún modo pensaba poner en práctica. Así, cuando los moros valencianos, contentos y satisfechos, pasaron a posesionarse de nuevo de sus heredades, de acuerdo con las promesas del Cid, se encontraron que dichas heredades ya estaban ocupadas por cristianos y éstos de ninguna manera estaban dispuestos a devolvérselas, pues era precisamente el mismo Cid, quien se las había concedido: «Et los cristianos que tenían sus heredades, dixieron que commo gelas darien, ca el Cid gelas auie dado por esse anno por sus soldadas, et los otros que las tenien atrendadas et auien pagado por esse anno. Desi tornaronse todos, et atendieron fasta el jueves que el Cid viniesse a oyr los pleitos, assy commo pusiera con ellos» (81).

Los habitantes de Valencia acudieron el jueves siguiente a la audiencia que les tenía reservada el Cid, en busca de apoyo para sus justas pretensiones. Entonces debieron sufrir uno de sus mayores desengaños, al darse perfecta cuenta que el Cid no sólo no iba a devolverles sus heredades como les había prometido, sino que ahora añadía nuevas pretensiones, si querían gozar de su favor y entre ellas que le entregasen a Ben Yehhaf —al mismo a quien había dado toda clase de seguridades— bajo el pretexto de la traición efectuada en la persona del rey Alcadir, y del hambre que les hizo pasar, cuando la ciudad fue cercada. Oídas las nuevas pretensiones, cuenta el Cronista muy gráficamente, que los valencianos se quedaron maravillados, de ver la forma arbitraria cómo el Cid una y otra vez rompía sus promesas, y desconcertados solicitaron cierto tiempo para responder: «Et quando fue el día del jueves, fueron todos a la huerta, assy commo mandara el Cid, et llegosse y toda la gente; et desi sallio el Cid a ellos, et asentosse en su estrado, et començoles a dezir unos exemplos et unas cosas que non ouo y cosa que semeiasse nin otor

(81) *Primera Crónica General*.—II, 590.

gasse con lo del día primero que les prometiera el Cid muchas cosas. Et dixoles assy: «Si yo fincasse sin mis omnes, seria assy commo el que a el braço diestro et non a el siniestro, como el aue que no ha las allas o commo los lidiadores que non han espadas nin lanças. Pues la primera cosa que yo deuo veer o endereçar es pleito de mis omnes, et fazeries cosas que sean mas apuestas et mas conplidas, et que yo et ellos seamos meior guardados; ca pues Dios touo por bien que yo fuesse apoderado en la cibdat de Valencia, non quiero que aya y otro sennor sinon yo. Por que uos digo que si uos conmigo bien queredes estar et que ucs faga siempre bien et merced, guysad como metades en mio poder a Abeniaf; ca bien sabedes todos las trayciones que el fizo al rey de Valencia su sennor, et el lazerio quel fizo passar, et a uos todos mientras uos toue yo cercados». Et ellos quando esto oyeron, fueron todos marauillados de como el Cid non tenie ninguna cosa de las que el otra uez les prometiera, et dixieron que se fablar'en et quel tornarien cabeça» (82).

Perplejos y acongojados, abandonaron los valencianos la audiencia, sin saber a quién volverse, ni qué partido tomar, hasta que treinta de ellos entre los más notables, consideraron que sería lo mejor hablar con Aben Abduz, almojarife, y hombre de confianza del Cid, encargado de percibir las rentas de la ciudad. El almojarife no les pudo aconsejar otra cosa, sino que entregaran a Ben Yehhaf, tal como les exigía el Cid: «Et assy apartaronse luego XXX de los meiores et mas onrrados omnes de la cibdat, et llamaron a su fabla a Aben Abduz el almoxerif del Cid, et dixieronle: «Pedimoste merced que nos conseies del mas leal et meior conseio que en ti auie, ca pues de la nuestra ley eres, tenemos que deues ser tenido de lo fazer. La razón en que te nos conseio pedimos es esta: el Cid nos prometio la otra uez muchas cosas, et ueemos agora que non nos dize nada de todo aquello, et que nos mueue otras razones nuevas que nos a grant estranneza tenemos, et tu que sabes mas las sus costumbres, que nos fizieses entender la su voluntad; ca aunque nos al fiziesemos o quissiesemos fazer y, non estamos ya en tiempo que pueda seer sinon lo que el quisiere». Et quando esto oyo Abanabduz, dixoles: «omnes buenos, este conseio rafez es de saber, que bien veedes ucs que Abeniaf grant traycion fizo contra su sennor; et guisat agora comol metades en poder del Cid, et non uos receledes nin catedes de al, ca bien se yo que después nunca cosa demanderedes que el non uos lo otorgue» (83).

(82) *Primera Crónica General*.—II, 590.

(83) *Primera Crónica General*.—II 590.

Comprendieron los valencianos que ni les era posible ya resistir, ni p dñ n dejar de cumplir las exigencias del Cid. Así reunieron un gran número de gente armada, entraron en las casas de Ben Yehhaf y lo entregaron al nuevo señor. Pero el Cid no iba a contentarse con esto. En prisión Ben Yehhaf y los suyos que posiblemente eran los únicos en disposición de ofrecer una resistencia organizada, el Cid exigía ahora la entrega del alcázar y de las restantes fortalezas, todavía no ocupadas por los cristianos. A todo ello mal de su grado, hubieron de prestarse los valencianos: «agora, pues que vos auedes fecho lo que uos yo demando, demandat lo que queredes que uos yo cunpla que sea auysado, et yo conpliu slo he; pero en tal manera que la mi morada sea dentro en la villa en el alcaçar, et que los mios cristianos tengan todas las fortalezas de la cibdat». Et los omnes buenos quando esto oyeron, dixieronle: «sennor Cid, tu ordena lo que tu quisieres et nos lo torgamos» (84).

El Cid pues quedó en dueño total de la ciudad. La táctica seguida como hemos visto, ha sido la de enfrentar unas facciones musulmanas contra otras, para debilitarlas y poder asumir de ese modo, el poder absoluto sobre Valencia.

Con el control firme sobre la ciudad y sus fortalezas se dispuso al Cid ahora a condenar a Ben Yehhaf, al mismo a quien había prometido, no sólo la conservación de sus bienes, sino también de sus cargos y honores. Al condenar a Ben Yehhaf el Cid no se movía por un sentimiento de justicia, como supone Menéndez Pidal (85), sino por un sentimiento de codicia, que no le abandona en toda la conquista, y no se trata tanto de vengar al rey Alcaadir, como de apoderarse de las cuantiosas riquezas de Ben Yehhaf. El pretexto de la condena fue una carta que escribió Ben Yehhaf declarando sus riquezas, carta que el Cid arrancó al infeliz cadí, tras horribles tormentos, que le pusieron en trance de morir: «Et desque el Cid eub acabadas las pleytesias con los de Valencia, caualgo con toda su conpanna que leuaua muy bien guisada et mucho ordenadamente, su senna tendida antel y todas sus armas en pos si; et faziendo muy grandes alegrías; et en esta guisa entro en la noble cibdat de Valencia; et descendio en el alcaçar el, et toda su conpanna en derredor del alcaçar en buenas posadas, et mando poner su senna en la mas alta torre que el alcaçar auie. Et desde esto en adelante, fue el Cid apoderado en todas las fortalezas que eran del sennorio de la cibdat; et finco asossega-

(84) *Primera Crónica General*.—II, 590.

(85) *ECid*.—I, 515 y sgtes.

damiente en lo suyo; et fizieron grandes alegrías el et todos los suyos. Et luego otro día mando leuar el Cid a Juballa a Abeniaf, et dieronle grandes penas hasta que llego acerca de morir; et touieronle en Juballa dos dias, et desi tornaronle a Valencia, et touieronle en la huerta del Cid en prision. Et mandol que escriuiese una carta por su mano de quantas cosas auie, que gelo diesse todo en escripto. Et el fizolo assy, et escriuio en aquella carta las sartas et las sortijas et los pannos preciados et las ropas nobles que auie, et de otras cosas muchas que eran preseas de casa et de los debdos quel deuien; et non escriuio en aquella carta auer monedado ninguno que auye. Et estol mando el Cid fazer por veer si auie en lo suyo tanto commo aquello que menguaua de lo que fuera del rey de Valencia. Et quando esta carta leyeron antel Cid, mando que viniesen de los moros que eran omnes buenos et onrrados, que iurasse antellos que non auie mas de aquello; et fizolo assy» (86).

Tras todas estas averiguaciones, al jueves siguiente, dice Ben Alca-
ma, reunió el Cid en el alcázar a toda la población mora e hizo compare-
cer a Ben Yehhaf y a sus allegados y preguntó en un simulacro de jus-
ticia, al alfaquir y otros nobles moros qué sentencia se le debía imponer
y respondieron estos que debía ser lapidado y de este modo murió
Ben Yehhaf y trescientos treinta de los suyos. Otros cronistas infirman
que no murió apedreado sino quemado, y que cuando el Cid preguntó a
los nobles moros qué sentencia se le debía imponer, que éstos se callaron
y que entences el de Vivar de acuerdo con las leyes castellanas, ordenó
que fuera quemado vivo en presencia del pueblo. Esta es la versión más
aceptada y parece también que el cadí en este trance supremo, demostró
una gran entereza acercándose él mismo los tizones que le quemaban
para acelerar su muerte y recitando versículos del Corán. Tanta grande-
za de ánimo en aquellos momentos últimos, le valió la admiración del
pueblo y de los historiadores árabes, que lo catalogan entre los mártires
de su fe, y ensalzan sus virtudes, al tiempo que lanzan terribles dicitos
contra el Cid y su crueldad injusta (87).

El mismo Menéndez Pidal, tan entusiasta de los hechos cidianos, no
puede menos que reconocer: «Así cumplió el Cid su deber señorial de
vengar la muerte de su fiel protegido. Pero el rigor que empleó, aunque

(86) *Primera Crónica General*.—II, 591.

(87) Cf. *ECid*.—I, pág. 515 y sgtes. y II, 796 y sgtes.

legal, fue impolítico» (88). Podemos añadir que ni fue legal ni fue político. Y muchos han sido los comentaristas que han enjuiciado con palabras menos lisonjeras, este proceder del Cid.

D) Las victorias del Cid

Si el Cid no fue un caballero sin tacha, es innegable sin embargo que fue esforzado y valiente. Arrastrado por un destino adverso, únicamente su valor temerario y el desprecio de la muerte podrían librarle de la misma muerte que le acechaba. Pero rodeado de un pequeño grupo de leales frente a un número generalmente muy superior, para lograr la victoria y no caer en trance de perecer, poseyó el Cid en grado eminente la astucia, una de las grandes cualidades que han poseído los héroes épicos de todos los tiempos.

(88) *ECid.*—1, 518.

Los autores musulmanes acentúan todavía más la crueldad del Cid, cuando refieren que éste juntamente con Ben Yehhaf quería quemar también a toda su familia y que solamente a ruegos de los cristianos y musulmanes presentes suspendió la sentencia contra sus mujeres e hijos. Nos refiere Ben Bassam: «Me contó una persona que le vio en este sitio, que se cavó en tierra un hoyo y se le metió (hasta la cintura para que pudiese) elevar sus manos al cielo, que se encendió la hoguera a su alrededor, y que él se aproximaba los tizones que le rodeaban, con el fin de acelerar el suplicio. ¡Quiera Dios escribir este sufrimiento en la hoja de sus buenas acciones, y olvide por ella sus anteriores pecados, y nos libre de semejantes males por él merecidos, y nos impulse hacia lo que se aproxima a su gracia! También pensó (Rodrigo), al que Dios maldiga, en quemar a su mujer y a sus hijos; pero le habló por ellos uno de sus parciales, y después de algunas dificultades, no desoyó su consejo de las manos de su fatal destino».

Ibn Idari es más explícito en detalles sobre el tormento dado al cadí de Valencia: «Cuando el Campeador: —¡Dios lo maldiga!— se hizo dueño de Valencia, comenzó a manifestar su tiranía, encarcelando al cadí de la ciudad así como a los miembros de su familia y a sus parientes, y, todos en sus calabozos, fueron sometidos a tortura. Lo que les pedía era que le entregaran las riquezas de al Qadir ibn Di-l-Nun, y no cesó de irles sacando cuanto poseían, hasta que no les dejó nada de sus bienes ni de sus fortunas. Una vez que no les quedó nada, ni patente ni oculto, mandó encender una hoguera. El cadí Ibn Yahhaf, que sufría en sus cadenas, fué hecho comparecer, rodeado de su familia y de sus hijos, en presencia de una multitud de musulmanes y cristianos, que se había congregado al efecto. El Campeador preguntó entonces a un grupo de musulmanes: ¿Cuál es el castigo que, conforme a vuestras leyes, debe darse a quien mata a su príncipe? Como nadie contestara, añadió: «Entre nosotros, la ley dice que su castigo ha de ser quemarlo vivo». Y dió orden de que se acercaran a Ibn Yahhaf y a los suyos a la hoguera, cuyas llamas, a pesar de la considerable distancia, calentaban sus rostros. Un rumor se esparció entre musulmanes y cristianos, que suplicaron todos al Campeador perdonara a los niños y a las mujeres, que no tenían culpa ni sabían nada de quel asunto. No sin tiempo ni esfuerzo accedió el Campeador a sus súplicas de sus súbditos, y amnistió a las mujeres y a los niños. En cuanto al cadí, cavaron un hoyo en que lo metieron hasta medio cuerpo, allanando la tierra alrededor, y luego le rodearon de tizones encendidos. Cuando el fuego le llegó a abrasar el rostro, exclamó: «¡En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso!». Y comenzó a arrimar él mismo los leños ardiendo a su cuerpo, hasta que quedó carbonizado (¡Dios Allísimo, tenga de él misericordia!).

La saña del jefe cristiano contra Ibn Yahhaf no tenía otros motivos que la notable firmeza de que éste había dado pruebas durante el asedio, los esfuerzos que había desplegado para procurarse ayudas, y la resistencia que había opuesto durante el prolongado cerco, en la esperanza de conservar la ciudad y mantenerla dentro del Islam».

Las victorias del Cid frente a ejércitos más numerosos, se caracterizan por el empleo de una serie de argucias y estratagemas. El *Poema de Mio Cid* nos indica la forma tradicional que tenía el Campeador de combatir. Veamos, por ejemplo, cómo explica la toma de Castejón:

435 O dizen Castejón, el que es sobre Fenares
 mio Çid se echo en çelada con aquellos que él trae.
 Toda la noche yaze Mio Cid en çelada,
 commo los consejava Albar Fáñez Minaya:
 Ya Çid, en buen ora çinxiestes espada!
 Vos con çiento de aquella nuestra conpañia,
 pues que a Castejón sacaremos a çelada,
 «en él fincaredes teniendo a la çaga;
 a mí dedes dozientos pora ir en algara;
 con Dios e vuestra auze feremos gran ganança».
 Dixo el Campeador: bien fablastes Minaya;
 vos con los dozientos id vos en algara;
 allá vaya Albar Albarez e Albar Salvadórez sin falta,
 e Galin Garciaz, una fardida lança,
 cavalleros buenos que aconpañen a Minaya,
 Aosadas corred, que por miedo non dexedes nada.
 Fita ayuso e por Guadalfajara,
 fata Alcalá lleguen las algaras,
 e bien acojan todas las ganancias,
 que por miedo de los moros non dexen nada.
 E yo con los çiento aquí fincaré en la çaga,
 terné yo Castejón don abremos gran enpara.
 Si cueta vos fore alguna al algara,
 fazedme mandado muy privado a la çaga;
 D'aqueste acorro hablará toda España;
 Nombrados son los que irán en el algara,
 e los que con mio Çid fincarán en la çaga.
 Ya crieban los albores e vinie la mañana,
 ixié el sol, Dios, qué feroso apuntava!
 En Castejón, todos se levantavan,
 abren las puertas de fuera salto davan,
 por ver sus labores e todas sus heredanças.
 Todos son exidos las puertas abiertas an dexadas
 con pocas de gentes que en Castejón fincaran;
 el Campeador salió de la çelada,
 en derredor corrie a Castejón sin falla.
 Moros e moras avienlos de ganança,
 a essos gañados quantos en derredor andan.
 Mio Çid don Rodrigo a la puerta adeliñava;
 los que la tenien, quando vidieron la rebata,
 ovieron miedo e fo desenparada.
 Mio Cid Ruy Diaz por las puertas entraua,
 en mano trae desnuda el espada,

quinze moros matava de los que alcançava.
Gañó a Castejón e el oro y e la plata.
Sos cavalleros llegan con la ganancia,
déxanla a mio Çid, todo esto non preçia nada.

Como se puede observar, es la clásica estratagema, de hacer creer que el ejército se ha ido a una correría, dejando una parte del mismo emboscada, de modo que cuando los de la ciudad salen a sus campos creyéndose fuera de peligro, la hueste emboscada cae sobre ellos cogiéndolos desprevenidos y apoderándose de este modo de la plaza. En la toma de Cebolla, por ejemplo, la tropa del Campeador se divide en dos y mientras una presenta batalla de frente a las fuerzas enemigas, la otra cae sobre ellas por la espalda por la retaguardia, produciendo la natural confusión y consiguiente derrota.

1.127 Oid qué dixo Minaya Albar Fáñez:
«Campeador, fagamos lo que a vos plaze.
A mí dedes çient cavalleros, que non vos pido más;
vos con los otros firádeslos delant.
Bien los ferredes, que dubda non i avrá,
yo con los çiento entraré del otra part,
comme fio por Dios, el campo nuestro será».
Commo gelo a dicho, al Campeador mucho plaze.
Mañana era e piéssanse de armar,
quis cada uno dellos bien sabe lo que ha de far
Con los alvores mio Çid, ferirlos va:
;En el nombre del Criador e d'apostol santi Yague,
feridlos, cavalleros, d'amor e de voluntad,
ca yo so Roy Díaz, mio Çid, el de Bivar!
Tanta cuerda de tienda i veriedes crebar,
arrancarse las estacas e acostarse a todas partes los tendales.
Moros son muchos, ya quieren reconbrar.
Del otra part entróles Albar Fáñez;
maguer les pesa oviéronse a dar e a arrancar:
de pïedes de cavallo los ques pudieron escapar.
Dos reyes de moros mataron en es alcaz,
fata Valencia duró el segudar.

Los cronistas musulmanes sin embargo acusan al héroe castellano de utilizar por así decirlo, procedimientos más innobles, para derrotar a sus enemigos. En unas breves noticias publicadas por Leví Provençal, sobre la toma de Valencia, entre ellas la crónica de Ibn Idari, que parece inspirada en la historia de Ben Alquama, se nos describen entre otros un persistente sitio de Valencia que tuvo que sufrir el Cid frente a grandes contingentes enemigos, el grueso de cuyas tropas estaba formado por

las fuerzas almoravides al mando del emir Abu Abd Allah. Para vencer la fuerte presión de sus adversarios utilizó el Cid el recurso, de expulsar de la ciudad a las mujeres y a los niños, sembrando de este modo la indisciplina y la desmoralización en una tropa que llevaba ya muchos días de trabajos y combates: «Cuando las tropas almoravides vinieron a sitiarse, el maldito decidió expulsar a las mujeres y los niños de los musulmanes indigentes y obligarles a ir al campamento de los asedantes, diciéndoles: «¡Reuníos con los de vuestra religión!». Las pobres mujeres caían así en manos de los negros, los arrieros y los comerciantes de baja estofa, que las escondían y abusaban de ellas, sin que lo supiera el jefe del ejército, que hubiese puesto fin a estos actos censurables.

Parte de las columnas se dirigieron luego a Denia y otras ciudades. El campo musulmán daba cada vez menos muestras de energía y firmeza, y una especie de apatía se apoderó de las tropas, entre las cuales se manifestaba el desorden» (89).

Otro de los medios de que se valía el Cid para quebrantar aún más la moral de sus enemigos, era el de hacer correr la especie de que en su auxilio venía Alfonso VI. A este respecto queremos poner de relieve que la persona del monarca castellano y sus ejércitos infundían verdadero pavor a los musulmanes. En las ya citadas Memorias de Abdallah se nos cuenta con gran lujo de detalles el episodio del sitio de Aledo. Allí se reunieron junto al emperador almoravide y bajo su mando, un buen número de reyes de taifas, dispuestos a terminar de una vez y para siempre, con la formidable amenaza, que suponía, tener clavada en el corazón mismo de la España musulmana, plaza tan fuerte como la de Aledo. Los cristianos resistían como podían, el sitio se prolongaba y los almoravides y sus aliados no cejaban en sus empeños, pero cuando les llegó la noticia de la venida de refuerzos al mando de Alfonso VI, nos cuenta el soberano zirí, que el ejército musulmán fue presa de pánico, y que el emir y sus aliados, simulando diversos pretextos, se retiraron apresuradamente a sus reinos respectivos (90).

No dejaba pues el Cid de aprovechar para sus fines la formidable figura del conquistador de Toledo, que tanto atemorizaba a los musulma-

(89) Cf. LEVÍ-PROVENZAL.—*La toma de Valencia por el Cid*.—op. cit., págs. 136-7.

(90) LEVÍ-PROVENZAL.—*Les Memorias du roi ziride Abd Allah*, op. cit., tom. IV, pág. 84: «Cependant le siège s'éternisait et nos troupes étaient fatiguées d'être restées si longtemps en place. Puis on apprit qu'Alphonse se portait sur Aledo, ce qui fit sur l'a mée une impression très fâcheuse. L'émir des Musulmans jugea alors qu'il était préférable de faire demi-tour et de rentrer, non pas seulement à cause de la longueur du siège et de la lassitude des soldats; mais il apprit aussi que les Chrétiens qui arrivaient étaient fort nombreux et que sans doute ils trouveraient un appui, sous forme de vivres, auprès des Murciens rebelles qui avaient demandé à Alphonse de venir, au moment de leur sédition. L'émir des lors s'en retourna...».

nes. Así, tras el episodio de las mujeres y los niños, juega ahora una segunda baza, la de solicitar auxilio de Alfonso VI, y difundir el rumor de que el monarca castellano se acercaba con refuerzos: «Hallábase, entre tanto el Campeador en apuro de cómo resistiría a tanta muchedumbre y pidió socorro a Alfonso VI; noticia que, al circular por el real de los musulmanes, produjo viva inquietud y llenó de miedo los corazones. Estas circunstancias fueron las premisas de los sucesos a que iba a dar curso el destino» (91).

Preparado por así decirlo psicológicamente el terreno, el Campeador se dispone a librar la batalla final, usando una de sus clásicas estrategias. Emboscó una parte de sus tropas, con la otra salió en actitud de trabar combate. Ante el ejército almoravide más numeroso, simula retirarse hasta los muros de Valencia, los musulmanes, crecidos, le persiguen, este es el momento aprovechado por el ejército emboscado para atacar el desguarnecido real de los musulmanes, quienes ante el asalto, creen que efectivamente ha llegado Alfonso VI con refuerzos, y huyen desparvoridos: «Cuando advirtió Rodrigo —¡Dios lo maldiga!— las defecciones del campo musulmán y que las gentes desertaban de él por todas partes, se decidió a aprovechar la ocasión y a usar de un ardid, sin esperar la llegada de los refuerzos que tenía pedidos. Cierta noche salió al frente de una parte de su caballería, y emboscó la otra parte cerca del real musulmán. A la mañana siguiente, cuando los soldados almoravides se creían seguros y andaban descuidados, avanzó con los suyos en formación de combate. Dada la alarma en el campamento, que se llenó de tumulto y se pobló de gritos, cabalgaron aquellos soldados regulares y voluntarios que aún había en él, sin que quedaran en el real más que los esclavos y los hombres incapaces de manejar las armas. La caballería se precipitó contra Rodrigo, y, como éste fingiera huir de ellos hacia Valencia, le persiguieron con ardor. El se refugió en la muralla, en contacto con las tropas musulmanas, que le causaron pérdidas y parecían llevar las de ganar. Pero entonces fue cuando los soldados cristianos emboscados salieron de su escondite en dirección al real muslim y lo atacaron. El emir Muhammad, sobrino del Príncipe de los Musulmanes, que se había quedado en el campamento por hallarse enfermo, se apresuró a evacuarlo. Las tropas musulmanas oyeron los gritos de que el real había sido invadido, y, en pleno desbarajuste, nadie dudó, llenos como estaban de confusión, que se trataba de que Alfonso VI acababa de llegar. Cada cual tiró por su lado, y se dispersaron en todas direcciones. Los

(91) Cf. LEVÍ-PROVENZAL.—*La toma de Valencia por el Cid*, op. cit., pág. 137.

que se dirigieron al real, al ver que estaba siendo saqueado y que por él circu'aban los jinetes enemigos, cambiaron de derrotero, y nadie volvió a él» (92).

Estudiemos, sin embargo, la principal hazaña del Cid, la que tanta fama le ha prestado: nos referimos a la conquista de Valencia. Intentaremos precisar aquí el esfuerzo, significado y alcance de la conquista de la rica villa levantina.

De hecho la fuerte plaza de Valencia, había estado ya mediatizada, por no decir en manos de los cristianos. Cuando Alfonso VI reconquistó Toledo, en una especie de compensación a su soberano Alcahir, se comprometió a ponerlo en el trono de Valencia. El pueblo valenciano probablemente no hubiera aceptado nunca tal imposición, de no haber infuido poderosas razones. La principal razón que hizo cambiar de parecer a los valencianos, la constituyó un fuerte ejército castellano que al mando del célebre Alvar Fáñez, abrió a Alcahir las puertas de Valencia y lo erigió en dueño de la ciudad. Alcahir entraría en Valencia a primeros de 1086, acompañado de Alvar Fáñez y sus guerreros que dispusieron de la población a su antojo. El mismo Menéndez Pidal escribe: «Alvar Fáñez y el rey de Castilla eran los verdaderos amos de la ciudad» (93). Y así continuó durante varios meses hasta que Alvar Fáñez y sus tropas se retiraron de Valencia para acudir en auxilio de Alfonso VI en la batalla de Sagrajas.

Pero todavía, unos años más tarde, como ya hemos dicho, en 1092, Alfonso VI juntamente con los soberanos cristianos de Cataluña y Aragón, pusieron apretado cerco a la ciudad de Valencia. A ellos debían unirse las naves de Pisa y Génova, y muy probablemente hubiera resistido la ciudad levantina poco tiempo, este formidable embate por tierra y por mar. Por diversos motivos hubo que levantar el asedio, sea porque el peligro a moravide reclamaba las tropas en otros lugares, sea porque las naves italianas no llegaron al tiempo esperado o porque el Cid en aquellos momentos decisivos se dedicaba a devastar la Rioja. Pero Valencia debió quedar fuertemente quebrantada tras un asedio tan poderoso. Cuando el Cid acudía poco después a Valencia, de hecho ya bajo su protectorado, ésta era ya una fruta madura presta a caer. El Campeador entraría en Valencia a mediados de 1094.

Otra pregunta que debemos formularnos: desde el punto de vista militar y estratégico, ¿fue muy importante la conquista de Valencia? A este respecto quiero referirme de nuevo a las ya citadas Memorias de

(92) LEVÍ-PROVENZAL.—*La toma de Valencia por el Cid*, op. cit., págs. 137-8.

(93) *ECid.*—I, pág. 315.

Abdallah, rey de Granada, que tanto nos aleccionan sobre los acontecimientos y reacciones de la época. De ellas se infiere que la política de Alfonso VI, como bien lo expone su ministro Sisnando David al soberano granadino, consistía en lanzar unos reinos contra otros, para de este modo y sembrando la discordia, empobrecerlos, dividirlos y debilitarlos y finalmente poderse apoderar de sus posesiones con el mínimo esfuerzo por parte de los cristianos.

Pero quiero poner de relieve otro hecho a mi parecer muy significativo. Alfonso VI influía decisivamente con sus ejércitos en los destinos de Andalucía, último reducto musulmán vital en la Península. Y a tal efecto cobraba tributos, supeditaba y mediatizaba a los reyezuelos andaluces. Su poder y fortaleza guardaban razón proporcional con la evidente decadencia musulmana y hasta tal punto era así, que Alfonso VI no tomaba Granada, no porque no pudiera hacerlo, sino porque, a causa del vigoroso impulso dado a la Reconquista, carecía de gente para repoblarla y no consideraba conveniente poseer un enclave, una población aislada, en medio de territorio enemigo (94). La política de Alfonso VI era de avanzar simultáneamente con la reconquista y la repoblación, consolidándose en las nuevas tierras y guardando bien sus espaldas, con una retaguardia asegurada. Por lo que respecta a Andalucía llevaba a cabo una serie de guerras por así decirlo de diversión, acelerando de una parte la ruina musulmana y facilitando de otra un compás de espera, un respiro a los exhaustos hispanos, en espera de nuevas gentes para sus inminentes conquistas.

Este no fue el caso en el Cid, quien si bien se apoderó de Valencia, se encontraba solo, aislado en medio de un territorio hostil, muy lejos de sus bases de partida y de los otros reinos cristianos, que podían ayudarle. De ahí que Valencia, como tal, constituía una posición indefendible, y únicamente el arrojo temerario del Campeador y sus leales, pudo conseguir resistir a los frecuentes ataques enemigos y que la ciudad siguiera por unos breves años en manos cristianas. A poco de morir el Cid, la valerosa viuda Jimena se vio obligada a solicitar el auxilio de Alfonso VI, quien acudió solícito y con urgencia a remediar la necesidad, pero se dio cuenta asimismo de la situación, comprendió también que dicha ciudad aislada y tan apartada de sus reinos, era prácticamente indefendible, por lo que ordenó su evacuación, llevándose a sus defensores con el cadáver del Cid a Castilla, dejando tras sí una ciudad incendiada, un montón informe de ruinas, para desesperación y desconsuelo de sus nuevos ocu-

(94) Cf. LEVI-PROVENZAL.—*Las Memorias*, op. cit., págs. 35-6.

pan'es musulmanes. Bien claro habla sobre este punto la *Historia Roderici*: «Uxor autem eius tanto talique uiro uiduata, cum in tanta afflictione sese urgeri perspiceret et infelicitati sue remedium consolationis minime reperiret, episcopum ciuitatis ad regem Aldefonsum protinus direxit, ut ei miserande pietatis intuitu subueniret. Quo audito, rex exercitu suo Valentiam ueloci cursu peruenit. Quem uxor Roderici miseranda pedes osculans eius maximo (gaudio) recepit, et ut sibi et cunctis christianis qui cum ea erant succurreret, supplicauit. Rex autem inter suos nullum omnino reperiens, qui eandem urbem teneret et a sarracenis defenderet, quia procul a suo regno remota uidebatur, uxorem Roderici cum corpore uiri sui, et cunctos christianos qui tunc aderant, cum suis diuitiis et substantiis, secum ad Castellam reduxit» (95).

Ocho años exactamente estuvo Valencia en poder de los cristianos. La conquista de esta ciudad constituyó una audaz, una extraordinaria aventura, pero también únicamente una aventura. Si militar y estratégicamente era indefendible, como hemos alegado, y su ocupación representó escaso valor para la gran empresa de la reconquista española, sí que tuvo gran valor sin embargo, desde el punto de vista psicológico, por la resonancia de la hazaña del Campeador y por el hecho palpable de que un pequeño grupo de guerreros cristianos aislados, pudiera ocupar ciudad tan importante como la de Valencia.

Ello demostraba claramente que la España musulmana se hallaba herida de muerte, que la sociedad hispano-musulmana era ruinoso y decadente, en trance de perecer, que poco podría ya, ante una nueva y vigorosa sociedad hispano cristiana que impulsaba irresistible a sus ejércitos

(SEGUIRÁ)